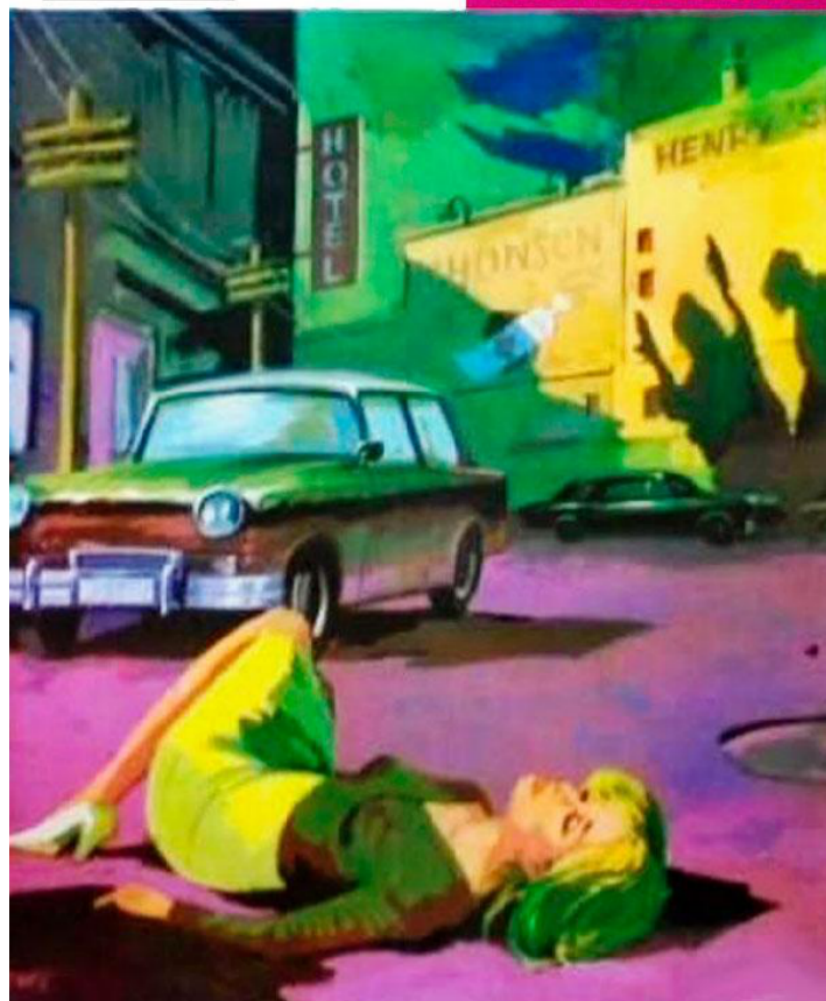


BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

la noche del gran silencio

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

LA NOCHE DEL GRAN SILENCIO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 460
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 47.979 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: febrero, 1971

© SILVER KANE, 1971
sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTIN, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.202 — Siete por día.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.061 — El comando.

En Colección SALVAJE TEXAS:

738 — Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:

658 — Jimmy *el Cara*.

En Colección BÚFALO:

902 — ¡Llamad al pistolero!

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

515 — La casa del eterno olvido.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

754 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

456 — Dinero mortal.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

57 — Negra es la noche.

En Colección BISONTE, SERIE AZUL:

5 — Un regalo llamado muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

UNA CIUDAD LLAMADA RATÓN

Sí, el nombre lo indicaba bien claramente en el gran cartel que había cerca de la entrada: «Ratón». Y más allá había otro que indicaba: «Entrada a la autopista número 25. Final en Starkeville y carretera 87».

El hombre giró el volante para dirigirse a la ciudad.

Se mantenía bastante rígido en su asiento de aquel viejo «Lincoln» modelo «64», que tenía los neumáticos ya muy gastados e iba cubierto de polvo.

Aquel coche había salido de las cercanías de Black Mesa, en Oklahoma, y había entrado en Nuevo México por la carretera 58 en dirección a Clayton. Desde allí había seguido hasta Mount Dora, Grenville, Capulin y ahora estaba casi en la frontera de Colorado. Pero antes tenía que pasar por aquella ciudad, cuyo nombre hubiera hecho tanta gracia a cualquiera que entendiese el español. Y el hombre del «Lincoln lo entendía».

Pensó que le convenía pasar a Colorado.

Desde Black Mesa también hubiera podido hacerlo, pero había dado un largo rodeo para desorientar a sus perseguidores. Por el momento, parecía haberlo conseguido.

Observó la aguja del indicador de gasolina. Estaba casi a cero. Pero a muy poca distancia había una estación de servicio atendida por una muchacha. Quizá no atraía a los clientes por la calidad de sus carburantes, pero sí los atraía por su minifalda.

Clavó unos ojos de mujer entendida en el conductor del coche que se acercaba.

La chica sólo tenía veinte años, pero ya entendía de hombres.

Demasiado, tal vez.

Y el que llegaba era de primera calidad. Alto, joven, de facciones enérgicas, rubio. Lo de alto se suponía por la posición del asiento y del volante, aunque él no salió del automóvil. La chica rasgó el aire con un balanceo de caderas y preguntó:

—¿No quiere tomar una copa, forastero?

Señalaba con el mentón un bar donde se leía: «Servicio rápido». Pero para servir, aunque fuera lento, no había nadie.

—Gracias —dijo el hombre—. Póngame seis galones, por favor.

La chica se acercó al surtidor de modo que se moviera bien su «mini».

—¿Va a quedarse en Ratón, amigo?

—No, desgraciadamente no. Sigo hacia Colorado.

—Es una lástima. La ciudad le gustaría.

—Sí, ya lo imagino.

—Hay una serie de monumentos importantes y una serie de grandes atracciones locales —añadió.

Hizo un giro con su cuerpo.

¡Adiós minifalda!

Pareció como si fuera a desprenderse, con una espectacular exhibición, pero al fin la prenda de ropa se mantuvo como por milagro en su sitio.

El recién llegado no pareció impresionarse demasiado.

Eso fastidió a la chica.

Colgó la manguera y dijo con un gesto de aburrimiento:

—Son tres dólares cincuenta...

Él fue a pagar. Y en aquel momento, oyeron el ruido en el aire.

Era como un rasgarse del viento, como un trueno lejano, como una extraña amenaza que llegara desde más allá del aire.

Y sin embargo, nada más vulgar que aquel ruido.

Un avión.

¿De qué tipo?

Eso era lo que menos importaba.

Y el forastero no hubiese prestado la menor atención a aquel sonido de no ser por el gesto de alarma de la muchacha de la gasolinera, que hizo un gesto de alarma y clavó súbitamente sus ojos en el cielo.

—Dios santo... —dijo.

El forastero la miró con interés. Pero no miró sus piernas, que

eran lo más «interesante», sino su cara.

—¿Qué le ocurre, muchacha?

—Nada.

—¿Por qué ha dicho entonces «Dios santo», como si estuviera asustada y pidiera ayuda al cielo?

—No me haga caso. Por nada.

—Sin embargo, algo ocurre.

—Es algo que no se puede explicar a un forastero. No tiene sentido. Se dice que en el plazo de veinticuatro horas ocurrirán bastantes cosas en Ratón.

—¿Qué cosas?

—¡Bah! Ya le he dicho que es una tontería. En primer lugar, se ha dicho que llegaría un forastero.

—Bueno, yo soy un forastero... ¿Qué tiene de extraño? ¿No llegan muchos a Ratón? Al fin y al cabo, es una ciudad importante. Es la capital del condado.

—Claro que llegan muchos forasteros, pero no justamente en domingo. Por aquí los domingos la gente se queda en casa.

Él miró desde la ventanilla la campiña quieta, las calles de la ciudad casi solitarias.

—Es cierto —musitó—. No me había dado cuenta. Hoy es domingo.

—¿No se había dado cuenta? ¿En qué clase de mundo vive?

—Soy algo distraído.

—Pues buen viaje, forastero. Y si decide quedarse en Ratón, ya sabe dónde están los monumentos, las atracciones locales y las guías para enseñarle la ciudad. Aparte de la ciudad, yo podría también enseñarle otras cosas.

—Casi las he visto todas, muñeca. ¿Pero qué más va a suceder en la ciudad a estas horas?

El ruido ya había cesado.

La muchacha parecía más tranquila.

Murmuró con una risita:

—Déjelo. Ya le he dicho que es una tontería.

—De todos modos, ¿por qué no explicármelo? Al parecer, yo formo parte del asunto sin saberlo. Soy el forastero que había de llegar.

—Bueno, también se dice que llegará un muerto...

Ahora el que rió fue el hombre.

—¿A pie?

—No, caramba, no. Lo traerán desde lejos.

—Ah, vaya...

—Luego, el muerto desaparecerá.

—No tomará el autobús, supongo.

—No. Se lo llevarán unos seres que no son de este mundo.

El joven arqueó una ceja.

—¿Qué dice?

—Unos seres que no son de este mundo —repitió la muchacha.

—¿Por eso se ha asustado al oír aquel ruido?

—Sí.

—¿Creía que ya llegaban?

—Bueno, más o menos... Pero, por favor, no se ría de mí. No me haga caso.

—Debe estar usted muy impresionada por algo que le han contado.

—Confieso que sí.

—Pues olvídalo. El ruido que hemos oído antes era de un avión estratosférico. No sé de qué modelo, pero como cada día se ensayan tipos nuevos, eso no tiene nada de extraño. Además, muchos de esos modelos se ensayan sobre las llanuras deshabitadas de Nuevo México.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Tal vez. Buena suerte, forastero...

E hizo un gesto de despedida.

Él puso en marcha el motor y maniobró para salir de la estación. Pero antes de alejarse, preguntó a la chica:

—¿Quién le ha contado todo eso?

—No sólo a mí. Se lo cuenta a todo el mundo.

—Pero ¿quién?

—Un viejo llamado Ferguson.

—¿Y tú, muñeca? ¿Cómo te llamas? Aún no sé tu nombre.

—Priscille.

—Tal vez nos veamos. Adiós, Priscille.

Ella dijo sin ganas:

—Sí, tal vez.

Y refunfuñó:

—Podíamos habernos visto mejor ahora, carcamal... En el bar no hay nadie. Tú y yo solos. Solos en este mortal aburrimiento del domingo... Pero ni siquiera has bajado del coche.

Él ya no la oía.

Se dirigía a la ciudad.

También iba rígido, conservando la postura más o menos normal de un hombre que conduce. Pero su rigidez venía de que tenía que forzarse terriblemente para conservarla.

Al fin ya no pudo más.

Miró el asiento, que iba quedando materialmente empapado de sangre.

Y lanzó un gemido, mientras el volante se le iba de las manos. Hasta entonces había conseguido incluso sonreír, pero la herida le dolía terriblemente, angustiosamente...

CAPÍTULO II

UN HOMBRE LLAMADO FERGUSON

Tendría unos sesenta años, y además los aparentaba. No tenía la suerte de ser como esos tipos de cabellos canos y tez bronceada que hay ratos en que aparentan cincuenta o menos. Éste tenía la cabellera completamente blanca, así como los lacios bigotes. Unas profundas bolsas se marcaban bajo sus ojos. Usaba unos pantalones grises, camisa blanca, anticuados tirantes y zapatos de lona. Tenía todo el aspecto de un tranquilo jubilado o un rentista modesto que se dedica a cultivar su jardín.

Y eso hacía.

Cultivar su jardín situado en las afueras de la ciudad.

Un jardín que era el amor de sus amores y en el que pasaba gran parte de las horas del día.

Fue él quien vio el coche estacionado en el callejón, detrás de la casa parroquial, que a aquella hora del domingo ya estaba vacía. Tras la misa, el reverendo Cunninham se había ido a pescar. Por el callejón no transitaba nadie, y quizá por eso el coche estaba cruzado de cualquier manera, interrumpiendo el tráfico.

Eso no era extraño.

Algunos jovenzuelos dejaban así los coches robados. Incluso, bien mirado, hacían un favor al dueño, porque así el coche resultaba localizado mucho antes.

Pero esta vez se trataba de algo distinto.

Un hombre estaba caído de bruces sobre el volante.

Sin duda, se hallaba herido.

Ferguson se aproximó con pasitos cortos, que eran casi saltitos ratoniles.

—Eh, Alice...

La chica que ya casi había cruzado por delante del callejón, sin darse cuenta de lo que sucedía, fue tras él.

Era como la de la gasolinera.

O mejor.

Sí, definitivamente mejor.

Y ésta no tenía los ojos turbios. Ésta no entendía de hombres.

Ésta no llevaba minifalda.

Llevaba una falda normal, casi demasiado larga y pasada de moda. Pero que había sido puesta como ejemplo por el reverendo Cunninham durante el sermón de la misa dominical. Y que muchos jóvenes de la localidad hubieran deseado ver convertida en trizas.

Corrió detrás de Ferguson.

—Eh, papá...

El hombre se había detenido ante el «Lincoln» mal estacionado. Echó una ojeada a través de la ventanilla.

—Diablo, este hombre está herido.

—Ha perdido mucha sangre...

—Seguramente conducía fingiendo que no le ocurría nada, pero no ha podido resistir más. Vamos, hay que ayudarle.

Abrió la portezuela. Alice susurró:

—Papá...

—¿Qué?

—¿Te das cuenta? Hoy es el día...

Ferguson alzó la cabeza y miró extrañamente al firmamento.

Al aire quieto.

Debían ser las cuatro de la tarde. Allá a lo lejos pronto se insinuarían las primeras sombras.

—Sí —dijo—, hoy es el día. Y precisamente tenía que ocurrirnos ahora...

Dudó un momento. Al fin cerró la portezuela.

—Vamos a dejarlo —decidió.

—No papá, no podemos. Ese hombre está herido.

—Avisaremos al hospital.

La chica asintió.

—Sí, será lo mejor. Sólo habrá un médico de guardia, en un día como hoy, pero podrán atenderle.

En aquel momento el hombre abrió los ojos.

Miró en torno suyo, con la expresión turbia, como si no

comprendiera la situación. Durante unos momentos pareció como si fuera a caer desvanecido otra vez. Al fin musitó:

—No, al hospital no...

Resultaba que lo había oído todo.

Ferguson dijo:

—¿Por qué no? Es el único sitio donde podrían atenderle.

—La herida no es grave... La bala ya ha sido expulsada... Sólo necesito que me taponen la hemorragia y... y descansar...

—Pero ¿por qué no en el hospital?

—Porque allí... avisarían a la policía.

Ferguson se tiró de los bigotes. Primero del lado izquierdo y luego del lado derecho.

—Diablos —dijo—, diablos...

Alice miraba todo aquello como si no acabara de creerlo. Los minutos transcurrían y el hombre del «Lincoln» había vuelto a perder el sentido. La muchacha se sentía como abrumada por la inmovilidad de Ferguson.

Al fin musitó:

—De todos modos hemos de ayudarle. Aunque hoy sea el día...

—Pero es arriesgado...

—Lo sé. Sin embargo, en circunstancias normales, tú nunca dejarías a un herido desangrarse.

—Las circunstancias no son normales, Alice. Y tú lo sabes.

—Olvídalo.

El viejo Ferguson volvió a tirarse de los bigotes.

—De acuerdo —dijo—, tú ganas.

Apartó al hombre, se sentó él al volante y condujo a poca velocidad y en primera hasta sacar el «Lincoln» del callejón. Cruzó una avenida amplia y casi desierta, sin llamar la atención de nadie, y se metió en otro callejón más estrecho aún que el primero, y que, en realidad, era una especie de *parking* privado.

—Ya estamos.

Por una puertecilla posterior penetraron en la casa. Ésta se hallaba construida en madera, al viejo estilo, y era confortable y amplia, con muebles coloniales y grandes ventanas, desde las que se divisaba una magnífica perspectiva de la llanura.

—Ahí, en la cama.

El herido fue depositado en un dormitorio. Como entraron de

repente, sorprendieron a un individuo gordinflón y mofletudo que se estaba abrochando los calzoncillos.

—Eh, Alice... ¡Tú siempre tan atrevida! Si quieres conquistarme, podrías hacerlo de otra manera.

—Cállate de una vez, tío Puffy.

—¿Qué traéis ahí?

—¡Cuidado!

—¿Cuidado qué? Pero si lo lleváis muy bien...

—¡Cuidado porque se te caen los calzoncillos!

Puffy se los sujetó a toda prisa y fue hasta el cuarto de baño dando saltitos para terminar de vestirse.

Mientras tanto, el hombre había sido depositado en la cama.

Ferguson, con mirada experta, calculó exactamente la zona donde convenía operar. Se quitó la americana, rasgó la camisa y vio que, en efecto, la bala tenía orificio de entrada y salida. Por un poco no había atravesado el hígado. Pero los bordes de los orificios eran limpios y no parecía haber infección. Lo único lamentable era la pérdida de sangre, que había ido saliendo muy poco a poco, pero durante más de una hora.

—Trae compresas, Alice.

La chica ya las tenía allí.

—Alcohol.

—Aquí tienes el botiquín. Hay todo lo necesario.

Ferguson hizo una cura de verdadero profesional.

No una cura de aficionado. En el hospital no hubieran podido atender al herido mejor, salvo en lo relativo a la transfusión de sangre.

El hombre había permanecido despierto durante toda la operación. Y no se había quejado ni una sola vez, a pesar de que algunas fases fueron de verdad dolorosas.

Al fin musitó:

—No sé... cómo agradecerérselo. En la cartera llevo... llevo unos quinientos dólares. Son... para usted.

—No, no se trata de dinero —dijo el viejo—. Por cierto, aún no sé ni cómo se llama.

—Jim Kennedy.

—Muy bien, Jim Kennedy... Como le digo, no se trata de dinero. Pero nos mete usted en un compromiso.

—No tema... Me iré por mí mismo antes de la noche.

—¿Por qué no quiere que la policía se entere de que está aquí?

—Vengo huyendo.

—¿Han sido los de la «bofia» los que le han herido?

—¿Por qué les llama así? Parece no tenerles demasiada simpatía. Ferguson se tiró del bigote otra vez.

—Ése es asunto mío. Diga, ¿le han herido ellos?

—No. Han sido... otros.

—No me diga que le persigue un *gang*.

—Imagine lo que quiera.

Ferguson hizo un gesto de desaliento.

—Bueno, al fin y al cabo si se va antes de la noche...

—Se lo prometo. Éste es un día muy especial para usted, ¿verdad? Me ha parecido saberlo por su modo de hablar.

—Es un día especial para todo el mundo.

Kennedy parpadeó.

Preguntó con un soplo de voz:

—Oiga, usted no se llamará Ferguson, ¿verdad?

—En efecto, me llamo así. ¿Por qué?

—Me han hablado de usted.

—¿Dónde?

—En la gasolinera.

—Ah, demonios... Ha tenido que ser Priscille. Sí, ella es una de las convencidas.

—¿Convencidas de qué?

—De que esta noche seremos invadidos.

—¿Invadidos por quién?

—Por seres de otro planeta. Por seres de otros mundos.

Alice, que se encontraba sentada en una butaca y a cierta distancia, musitó:

—Por Dios, papá... Ni tú crees en eso.

—Ahora tal vez ya no. Pero antes creía.

Kennedy se fijó en la chica. Paseó una mirada por las rodillas muy bien cubiertas por la falda y pensó: «Lástima».

Luego preguntó:

—¿Por qué no cree ahora?

—Verá, es que... ¡Uno se da cuenta de que hay tanta fantasía! Naturalmente, he comprobado que existen en nuestro cielo naves

procedentes de otros planetas. Tengo un archivo de datos verdaderamente asombroso. Y hasta fotografías. Pero de eso a que nos invadan, hay mucha diferencia.

—Usted parece haber dicho que lo harían.

—Cierto, cierto... Y hasta he dado un par de conferencias en la ciudad sobre este punto. Vea, vea... Soy una pequeña autoridad en la materia.

Y tiró de un cajón, en cuyo interior se apilaban varios recortes de periódico.

Mostró dos de ellos a Kennedy.

En los dos aparecía la fotografía de Ferguson. Una fotografía muy doctoral, con gafas y aspecto de hombre importante. Y en ambas reseñas se hablaba de que había dado conferencias sobre la vida en otros astros y la posibilidad de que habitantes de éstos llegaran a la Tierra. Pero no habían sido conferencias dadas en cualquier lugar, sino en sitios muy importantes. Una en la Universidad de Yale y otra en la Universidad de Berkeley.

—No debe ser usted un simple aficionado, para dar conferencias en sitios así —musitó Kennedy.

—Sólo soy un hombre que ha reunido mucha documentación. Eso es todo.

Kennedy estaba interesado en la conversación, a pesar suyo y a pesar de lo que le dolía la herida. Por eso murmuró:

—¿Y cómo sabe que nos invadirán esta noche?

—Por la posición favorable de los astros y de los campos de gravitación. He hecho cálculos durante más de diez años. Una situación astronómica como la de hoy no se produce más que una vez cada medio siglo. Es decir, tendría que transcurrir una vida terrestre entera para que los seres de otros mundos encontraran una nueva oportunidad. Por eso no desaprovecharán la de esta noche.

—¿Y por qué aquí, en este rincón de Nuevo México?

—Porque las condiciones atmosféricas son excelentes. En todo el país no hay otras similares, por lo menos hasta mañana por la mañana. Además...

Se interrumpió, como si no quisiera seguir.

Kennedy musitó:

—¿Además, qué...?

—No sólo lo he dicho yo.

—¿También habló alguien más? ¿Y también dijo lo mismo?

—Sí.

—¿Quién?

Ferguson mostró como a desgana otro recorte de periódico que hasta entonces había mantenido oculto celosamente.

En él había otra fotografía con el rostro de un hombre de unos cuarenta años. Su aspecto era más bien doctoral. El texto, que Kennedy leyó rápidamente, decía una serie de cosas como para quitarle el sueño a cualquiera.

Por lo visto, el tipo de la fotografía era un profesor de Harvard llamado Kinley. Un periodista le había hecho una interviú. Kinley no sólo sostenía, en términos muy parecidos, lo que había dicho Ferguson, sino que afirmaba algo más: algo escalofriante.

Él mismo moriría un día de abril.

Su cadáver sería trasladado un domingo a Nuevo México.

Y aquella misma noche, los seres de otro mundo se lo llevarían.

No decía nada más. Pero era bastante.

Era como para helarle a cualquiera la sangre en las venas.

Kennedy miró el calendario.

Había uno colgado en la pared, debajo de una foto de las que buscan los camioneros, representando a una chica muy ligera de ropa.

Corría el mes de abril.

Y aquel día era... domingo.

Ferguson bisbiseó:

—¿Qué le pasa?

—Nada...

—Parece intranquilo.

—Y usted, ¿no lo está?

—Yo no. Yo ya he llegado a no creer en lo que afirmaba hace algún tiempo.

—¿Por qué no?

—¿Cómo decírselo? Sería... sería demasiado importante, demasiado espectacular... demasiado increíble. Reconozco que por mi causa la ciudad anda algo intranquila, porque yo mismo he

divulgado entre la gente lo que creía. Pero ahora, me gustaría quitar a todos esa impresión. No, no ocurrirá nada.

En aquel momento sonó el teléfono.

El teléfono estaba en una salita contigua al dormitorio. Se podía descolgar casi desde la puerta. Ferguson fue a hacerlo. Pero Alice, que estaba más cerca, se le adelantó y preguntó:

—¿Quién?

Le contestaron algo.

Ella pareció no entender.

—¿Quién...?

Volvieron a contestarle.

La muchacha palideció.

Palideció mortalmente.

Ferguson preguntó con impaciencia:

—Pero ¿qué pasa?

Ella tapó un momento el micro. Dijo con un soplo de voz:

—No sé, no lo entiendo.

—Pero ¿quién llama?

—Los empleados de una funeraria...

CAPÍTULO III

EL MUERTO QUIERE HACER TURISMO

Ferguson avanzó como un autómata.

Parecía no tener fuerzas. Sus piernas temblaron un momento. Hasta tío Puffy, extrañado, asomó por la puerta del cuarto de baño, mientras se abrochaba no ya los calzoncillos, pero sí los pantalones.

—¿Qué pasa, Ferguson?

El interpelado ya había tomado el teléfono. Escuchó lo que le decían y contestó con unos cuantos monosílabos afirmativos. Al final susurró:

—No, no veo manera de evitarlo.

Y colgó.

Todos le miraban expectantes.

Todos, incluso Jim Kennedy, que tenía cosas bastante más importantes en que pensar. Ferguson bisbiseó:

—Ha sucedido.

—Pero Dios santo... —murmuró Alice—. ¿Ha sucedido qué...?

—Kinley ha muerto.

—¿Kinley, el del recorte del periódico? ¿El profesor de la Universidad de Harvard?

—Sí.

—Ha muerto... un día de abril.

Pero no era eso lo que más les llamaba la atención.

Todos lo sabían.

No era eso.

Ferguson musitó:

—Lo traen aquí. Lo traen a Nuevo México un día como hoy, que es domingo.

Quizá fue Kennedy el primero en quedarse sin respiración.

Quizá fue él, porque no estaba acostumbrado a aquel clima. Resultaba extraño, pero en aquella habitación luminosa, en compañía de aquel gordo, aquel viejo simpático y aquella chica despampanante, el clima resultaba de auténtica pesadilla.

Tuvo que hacer un esfuerzo para bisbisear:

—¿Quién ha dicho que lo traigan?

—Él mismo. Ha pedido que lo embalsamasen y ha dejado dinero a la funeraria para el traslado. La funeraria ha obtenido los oportunos permisos sanitarios y municipales.

Kennedy dijo, casi sin aliento:

—De modo que el muerto quiere viajar. Quiere hacer turismo...

—Eso es.

—Pero ¿por qué se lo envían a ustedes? ¿Lo pidió también él mismo?

—Claro que lo pidió. Y los de la funeraria dieron por descontado que yo era un pariente suyo y que estaría conforme.

—Pero no lo está.

Ferguson abrió los brazos con un gesto de impotencia.

—Amigo, ¿qué voy a hacer? Se trata de un cadáver. Uno no dice que no a los muertos. Tampoco le he dicho que no a usted, pese a tratarse de un herido solamente. Además, ¿qué quiere que le diga?, ya me he resignado a lo inevitable. Lo que ha de ocurrir, ocurrirá. Está escrito en los astros.

Kennedy tragó saliva bruscamente.

Si todo eso se lo hubieran dicho una hora antes, se habría puesto a reír. Los astros, los astros... ¿qué saben las estrellas del destino de los pobres hombres? Pero ahora ya no podía tomar nada a broma. Había visto una serie de cosas que no tenían sentido.

Barbotó:

—Por favor, ¿nadie me da un poco de *whisky* o un poco de coñac?

—No tenemos nada de eso, pero en cambio tenemos un ron que resucita a los muertos. ¿Lo quiere?

—No será para resucitar al profesor Kinley, ¿eh?

—No diga cosas de mal gusto. ¿Lo quiere o no?

—Claro que sí...

La misma Alice se lo trajo.

Deliciosa pollita aquella Alice.

Deliciosa presa de diecinueve años para un gavilán que supiera hacerla suya. Estupenda mujer capaz de hacer perder la cabeza a cualquiera. Estupenda por delante, por detrás, por arriba y por abajo. Lástima que Kennedy no fuese un gavilán ni estuviera en condiciones de ponerse ahora a conquistar señoras.

Bebió con avidez y se sintió mejor.

—Me marchó —dijo.

Ferguson musitó:

—¿Adónde?

—Quiero pasar la frontera de Colorado antes de que anochezca.

—Y desorientar a sus perseguidores, ¿no?

—Eso es.

—¿No son policías?

—Le juro que no.

—¿Y cree que va a poder marcharse así, amigo? ¿No se da cuenta de que ha perdido mucha sangre?

—Estoy mejor.

—Vamos a suponerlo. Pero ¿y su traje?

—Supongo que me podré comprar otro, pese a ser domingo. O quizá usted mismo pueda proporcionármelo.

Ferguson vaciló.

—Hum... Tal vez sí que pueda comprarle uno. Hay un almacén en Main Street. Los domingos no cierra nunca.

—Comprendo que le estoy molestando demasiado —musitó Kennedy—. Y si no acepta dinero, no sé de qué otro modo corresponderle.

—No es que me moleste —dijo Ferguson—. Lo peor es que me compromete. Pero después de lo que va a suceder esta noche, ¿qué importa?

Aquellas palabras, sin que ninguno de los dos lo quisiera, centraron otra vez el tema. Kennedy notó que Alice se estremecía. En cuanto a Puffy, conservaba una mano en alto y aún no había terminado de abrocharse los pantalones.

Ferguson se sirvió también una buena dosis de ron.

—Bueno, iré a buscarle un traje —dijo después de beber—. Deme ciento cincuenta dólares o así. Yo supongo que tendrán alguna cosa de su medida.

Y fue a salir. Ya en la puerta, preguntó:

—Bueno, pero en definitiva, ¿quiénes son los que le persiguen?
Kennedy cerró un momento los ojos.
—Sería muy largo de explicar, amigo...

CAPÍTULO IV

LOS VISITANTES

El tipo escupió a través de la ventanilla una bola espesa que estaba formada al menos por cuatro chicles sudados y mascados. Luego gruñó:

—Eh, nena.

La de la minifalda giró.

¡Qué giro!

Ni en el Moulin Rouge de París se veía desenvoltura como aquélla ni piernas como aquéllas.

—¿Qué quiere?

—Tres galones para el depósito y tres besos para mi boca.

Ella miró el coche, un «Zaphyr» resplandeciente. Dentro iban tres hombres jóvenes de una elegancia extremada, casi rebuscada. Por la humilde ciudad de Ratón no acostumbraban a verse tipos así.

Los tres parecían devorarla con los ojos, como si fueran a echársele encima con coche y todo.

—Para los tres besos habré de pedirle permiso al patrón —dijo Priscille—. Aquí no se dan extras.

—¿Ni con propina?

—Ni aunque sea pagando en monedas de oro.

El tipo que había hablado antes se introdujo otros chicles en la boca.

—Pues sí que tenéis pretensiones las pueblerinas... Hala, nena, pon los tres galones. Y cuidado con mancharte...

Le dio una palmada por la retaguardia cuando ella pasaba.

Priscille se aguantó.

Estaba sola y sabía que a veces es peor llevar la contraria a tipos de esa clase.

La miraron con curiosidad mientras conectaba la manguera y dejaba caer el chorro.

—Eh, nena.

—¿Qué?

—No deben pasar por aquí muchos forasteros en domingo, digo yo. Esto tiene más bien facha de ciudad aburrida.

—No, no vienen demasiados.

—¿Has visto a uno que llevaba un «Lincoln»?

Ella fue a decir maquinalmente que sí, pero en el último instante se contuvo. Aun no sabiendo que Kennedy iba herido, tampoco le gustaba la facha de aquellos tipos.

—No, no he visto ningún «Lincoln» —dijo.

—¿Seguro?

—Puede que haya pasado de largo, pero no ha puesto gasolina aquí. Y me parece que tampoco ha pasado, porque la carretera lleva solitaria toda la tarde.

—Está bien; cobra.

Le tendieron un billete de a cinco dólares. Ella fue a cogerlo.

Y en aquel instante le sujetaron la mano, tirando de ella hacia adelante. Priscille se encontró de pronto apretada contra la puerta y contra los labios del conductor. Éste la besó brutalmente. Cuando Priscille pudo retirarse, pateando y gimiendo, llevaba pegada a la mejilla una mezcla de saliva y pasta de chicle.

Sintió una terrible repugnancia y fue a lavarse al bar. Mientras tanto los del coche rieron, aunque más que reír admiraban los movimientos de su mini.

Uno de ellos miró al conductor.

—¿Qué? ¿Seguimos?

—Podríamos hacerlo, pero no me fío.

—¿Por qué?

—Yo diría que ella lo ha visto.

—Entonces, ¿qué te parece? ¿La zurrarnos?

El conductor miró la llanura tranquila y la línea desierta de la carretera hasta llegar a la ciudad.

—Podríamos hacerlo —dijo—. Nadie nos molestaría. Y hasta divertirnos un rato con ella, en la trastienda del bar. Pero la chica tiene carácter y puede que le sacáramos los dientes antes que sacarle una palabra. Mejor será observarla.

—¿Crees que si ha visto a Kennedy le avisará?
El otro escupió aburridamente los restos del chicle.
—Seguro...

CAPÍTULO V

TIEMBLA, MUCHACHO, TIEMBLA

El traje le sentaba bien a Kennedy. El joven tenía una de esas figuras a las que cualquier clase de ropa les cae bien. Se lo probó ante el espejo de un armario mientras Puffy, que por fin había terminado de abrocharse los pantalones, se estaba aún abrochando la camisa.

Ferguson elogió:

—Le cae muy bien, amigo. ¿Cómo se siente después de salir de la cama?

—Me mareo un poco.

—Es natural. Con la sangre que ha perdido... Y de comer, ¿qué? ¿Cuánto hace que no prueba bocado?

—No, por eso no se preocupe. He comido hace unas seis horas.

—Le interesa reforzarse. ¡Tú, Alice!

Alice entró.

Dirigió una mirada relampagueante al hombre, que parecía muy cambiado con su camisa y su traje nuevos.

Pero, por lo demás, su rostro permaneció indiferente.

—¿Qué, papá?

—Prepara algo para nuestro amigo Jim. Algo sustancioso y que de fuerza. Oiga, Kennedy, usted tiene que estar hecho de roca.

—¿Por qué?

—Me explico que la bala no le haya matado, pero no me explico que ni siquiera le dé fiebre.

—Me sostiene la tensión nerviosa, señor Ferguson. Pero en cualquier momento puedo derrumbarme y ya no habrá quien me levante.

—Entonces, razón de más para que coma. Hala, mientras tanto

descanse. Alice le preparará una cena sustanciosa. Es una gran cocinera.

—Tiene usted una hija muy agradable, señor Ferguson.

—Sí, es una gran muchacha.

—Físicamente no se parece a usted.

—Cierto. Se parece a su madre, que en paz descanse. Gracias a Dios no se parece a su tío Puffy, aquí de cuerpo presente.

Y nunca mejor empleada la expresión, porque Puffy no había dicho aún una sola palabra.

Kennedy preguntó:

—¿A qué se dedican?

—Ejem... Yo ya estoy jubilado. Toda mi vida he sido un profesor universitario. Astronomía y todas esas cosas, ¿sabe? De todos modos, nunca supe lo bastante para ocupar una cátedra. Y desde hace seis meses vivo aquí, cuidando un pequeño jardín que está en las afueras de la ciudad. Una verdadera maravilla, créame. Es mi orgullo.

Abrió la ventana y lo señaló.

No estaba lejos.

Desde allí se veía bien.

Se veían flores de todas clases, en curiosa mezcla de colores y de formas, cuando un conjunto que descansaba la vista y producía un quieto placer.

Pero nadie se acercaba por allí.

Daba la sensación de que las flores no interesaban en absoluto a los habitantes de Ratón.

El viento en calma hacía que no se moviera ni una hoja.

Kennedy murmuró:

—Yo he estudiado Botánica. Si no estuviese tan débil, me daría una vuelta por allí.

—¿Usted... ha estudiado Botánica?

—Sí, un par de años.

—Demonios, sí que es coincidencia...

—Parece que a usted le ha disgustado eso, señor Ferguson. Parece que le ha fastidiado el que yo sea un entendido. Pero, de verdad, no sienta celos. No puedo darle consejos sobre floricultura. Y además, desde aquí noto cosas admirables.

—¿Qué cosas admirables?

—El colorido. Son colores que no se ven aún en esta época del año.

Ferguson carraspeó.

En lugar de interesarle, puesto que hablaban de su *hobby*, aquella conversación parecía más bien fastidiarle un poco.

Kennedy lo notó.

Quiso cambiar de tema.

Pero hubo de hacerlo a la fuerza.

Porque en aquel momento, desde la ventana, vio el «Zaphyr» rojo estacionado a un lado de la carretera, de modo que no fuese visible, materialmente hundido entre los tallos de un campo de maíz.

El joven apretó los labios.

Bueno, ya estaban allí.

Por desgracia, lo habían conseguido.

En aquel momento Puffy habló por primera vez:

—Eh, Ferguson, ¿qué hay de las flores?

Ferguson se volvió.

—¿Qué pasa con las flores?

—Tú lo dijiste.

—No lo recuerdo, Puffy.

—Pues lo dijiste bien claramente. Que aquel día cambiarían de color. Y que, por la noche, los habitantes del otro mundo se posarían justamente sobre ellas.

Ferguson palideció.

Parecía no haberle gustado aquel recuerdo.

Y también palideció Kennedy.

En otras circunstancias quizá se hubiera echado a reír. Pero ahora no podía reír. Por su padre que no podía.

Miró aquel trozo alfombrado de flores como si fuera un pedazo del otro mundo.

Y también vio algo más.

Priscille, la chica de la gasolinera, se acercaba.

En aquel momento estaba doblando la esquina.

Kennedy tembló.

Sólo un momento. Porque se dio cuenta de que los hombres del «Zaphyr» rojo la estaban espiando.

Cerró la ventana.

—Van a perdonarme si me voy —dijo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nada, pero debo irme.

Ferguson entrecerró los ojos.

—¿Sus perseguidores están ahí, amigo?

—Sí. Y no quiero comprometerles a ustedes.

—Lo comprendo muy bien. Y yo tampoco soy un héroe, señor Kennedy. Si tratan de hacer algo contra usted, que no sea en esta casa.

—Por eso me voy.

—Creo que podrá conducir el coche bien. La herida está desinfectada y con excelentes vendajes.

Kennedy se detuvo en la puerta, antes de salir.

—Nunca podré agradecerle bastante lo que ha hecho, señor Ferguson. Ocurra lo que ocurra, nunca lo olvidaré.

Y salió.

Encontró a Priscille cuando ella ya iba a entrar en el callejón donde estaba el coche. La detuvo con un seco gesto.

—Priscille...

Ella jadeaba.

—Por favor, huye... Saca el coche de ahí. Que no lo vean.

—¿Te han seguido?

—Yo creo que no. Pero están ocultos en algún sitio, a pesar de que han fingido que se iban. Y del mismo modo que te he visto a ti en la ventana, pueden haberte visto ellos.

—Yo creo que no. Pero tú no te comprometas, Priscille. Vuelve a la gasolinera como si tal cosa. Yo me escaparé mientras ellos siguen esperando.

La atrajo hacia sí fuertemente, le dobló la cabeza y la besó.

Ella se quedó unos instantes boquiabierta, con los ojos cerrados, esperando más.

Pero no hubo más.

—Idiota —dijo al fin—, esto podrías haberlo hecho en la trastienda del bar. Y cien veces.

—No me encontraba demasiado bien, Priscille. ¡Hala, vete!

La chica pareció resistirse unos momentos a dejarle solo, pero al fin se fue.

Corrió agitadamente por dos o tres calles solitarias,

descendiendo en línea recta a la carretera.

Pero no llegó a ella.

No llegó ni a acercarse siquiera...

CAPÍTULO VI

UNA CORONA DE FLORES BLANCAS

Cuando iba a doblar la última esquina, el ancho morro del automóvil le cortó el paso de repente. Fue una maniobra magistral y, sobre todo, rápida, porque ella no tuvo tiempo ni de oír el ruido del motor. De pronto quedó aprisionada entre la pared de una casa y el morro del «Zaphyr», que había frenado justo en la última décima de segundo. La chica sufrió una sacudida brutal, y quedó tan pegada a la pared que el parachoques delantero casi le rompía las piernas.

El motor quedó al ralentí, con el conductor al volante, mascando chicle como antes.

El que iba a su lado descendió.

Ahora veía ella que era un tipo con planta de campeón. Se movía pesadamente, como un oso. A un lado del capó, se detuvo.

—¿Qué, nena? ¿De dónde vienes?

—He ido a avisar que el teléfono no funciona.

—¿Sí, eh? ¿Y no habrás ido por casualidad a avisar también al tipo del «Lincoln»?

—No sé de qué me hablan.

—Nosotros sí, preciosa. Dinos dónde está. No podemos perder tiempo buscando casa por casa. Dinos de qué sitio exacto vienes ahora.

—No, no... No vengo de ninguna parte. He ido sencillamente a...

—Sí, ya sabemos. Lo del teléfono. Pero háganos también de ese amiguito tuyo. Dilo o...

Hizo un gesto expresivo, indicando lo que podía sucederle a la muchacha.

Y ella se dio cuenta.

¡Vaya si se dio cuenta!

Fue a gritar.

Al fin y al cabo estaban en una ciudad civilizada.

Fue a desgañitarse pidiendo ayuda, pensando que alguien acudiría al oírla. Pero el del volante no la dejó.

Estaba nervioso.

Cuando vio que la chica despegaba los labios, él, que tenía puesta la primera velocidad, soltó el embrague de repente y dio gas.

El poderoso motor del «Zaphyr» rugió. Sus ocho cilindros dieron la máxima potencia.

Priscille no tuvo tiempo ni de gritar.

Fue materialmente aplastada contra la pared. El conductor puso marcha atrás, retrocedió un poco y volvió a embestir con toda la fuerza de un *bulldozer*.

El que estaba al lado del capó miraba extasiado el espectáculo.

Oía el crujido de los huesos rotos. Con la boca abierta, casi babeando, asistía a la muerte más fascinante que había visto jamás.

—¡Dale, muchacho! ¡Dale! ¡Dale! ¡Dale!

Pero no hacía falta más.

Al final se pasó las dos manos por la cabeza, como si quisiera peinarse mejor.

—Menos mal que este trasto es rojo —dijo—. Hemos puesto el capó perdido de sangre.

El coche retrocedió definitivamente.

—No podemos dejar a la chica aquí —murmuró el conductor—. Nos buscarían por todas partes. Hay que ocultarla. Eh, tú, Purcell.

El que iba detrás se puso un cigarrillo en los labios.

—¿Qué, Taylor?

—Sácala de ahí. Métela en cualquier callejón y luego iremos a la gasolinera. Allí mismo pegaremos unos cuantos manguerazos al coche, hasta dejarlo limpio otra vez.

—De acuerdo.

El que estaba fuera arrugó el entrecejo.

—Pero no hemos averiguado nada...

—Sí, las cosas no han salido como yo esperaba... Pero no te preocupes. Si Kennedy está en la ciudad, y estoy seguro que está, terminará asomando las narices.

Hizo girar el coche para volver a la gasolinera, mientras Purcell sujetaba por las axilas a la chica y empezaba a arrastrarla.

La tarde del domingo continuaba en absoluta calma.

Sobre la ciudad de Ratón empezaban a insinuarse algunas sombras, pero todavía muy inconcretas, como si la tarde hubiera de durar siempre.

Purcell arrastró el cadáver unas yardas. No le sería difícil encontrar un buen escondite. Como recuerdo de los viejos tiempos del Oeste, en Ratón había muchos grandes almacenes de grano, contruidos en madera, y que no tenían sus puertas cerradas. Podía meter a Priscille en cualquiera de ellos. No la descubrirían hasta la mañana siguiente.

Entró en uno de los callejones mientras musitaba:

—Te falta la corona, nena. Te falta la corona de flores blancas...

Y de pronto algo apareció ante él.

Una figura alta y maciza que le cortaba el paso.

La figura de un hombre.

CAPÍTULO VII

UNA CORONA DE FLORES NEGRAS

Purcell soltó de pronto a la muchacha.

Con las facciones contraídas farfulló:

—Tú...

Fue a extraer el pequeño revólver que llevaba en su funda sobaquera, pero ya no llegó a tiempo. Kennedy había disparado la pierna derecha.

El movimiento le produjo un insufrible dolor.

Pero no restó fuerza al impacto. Purcell recibió el punterazo en la mandíbula y cayó hacia atrás. El revólver resbaló de entre sus dedos.

Lanzó un gruñido.

Aún no podía creer en lo que sucedía. Aún le parecía imposible que Kennedy hubiera logrado situarse tras él, apretándole el cuello con el antebrazo de aquella manera. Purcell apenas logró balbucir:

—Maldito...

El brazo apretó un poco más. La cabeza de Purcell fue torcida hacia un lado.

Se oyó un chasquido.

Un chasquido lúgubre.

Y Kennedy soltó poco a poco a su víctima, mientras sentía que un dolor lacerante subía por su estómago hasta llegar a la garganta.

Había roto el cuello a Purcell.

Pero no era eso lo que lamentaba.

Lo que lamentaba era la presencia de aquella figura alta, esbelta, grácil. Lo que sentía era la presencia de Alice a la entrada del callejón, una Alice que sostenía una botellita en la mano derecha y le miraba con ojos desorbitados.

La botellita cayó al suelo.

Alice no había tenido fuerzas para sostenerla.

Gimió:

—Dios santo...

Kennedy se apoyó en la pared.

Respiraba agitadamente.

Con una voz que era apenas un susurro, murmuró:

—No te extrañes tanto, Alice. Eran ellos los que me perseguían.

Ella también había necesitado apoyarse en la pared.

Le costaba respirar. Daba la sensación de que tenía mil cosas que decir, pero sus pensamientos se cortaban. Y como ocurre muchas veces en esos casos, dijo lo que menos importancia tenía:

—Te buscaba para... para darte estas pastillas. Son coagulantes y calmantes. Creo que... las necesitas.

—Ya no sé qué es lo que necesito, Alice. Te juro que no lo sé.

—¿Por qué... por qué han matado a Priscille?

—Porque ella me había visto cuando paré en la gasolinera. Y porque supongo que querían que ella les dijese mi paradero.

—Pero todo eso... ¡Todo eso es monstruoso! ¿Cuál es la razón?

—Formábamos una banda.

—¿Para qué?

—Íbamos a robar... algo muy importante. Era tal vez el golpe más afortunado que en muchos años había podido darse en esta parte del Oeste. Yo calculo que un millón de dólares.

—¿Un millón?... ¿Y dónde está eso?

—Se trata de los diamantes Gugelheim.

—¿Los diamantes qué?...

—Gugelheim. El nombre del que logró reunir la colección. Su precio de tasación es un millón de dólares. Vendidos en Europa, a ciertos funcionarios de detrás del telón de acero, hubieran representado unos ochocientos mil.

Ella había palidecido aún más.

Evitaba mirar a Kennedy, como si se avergonzara de hablar con él. Pero ni sus piernas ni su voluntad la movían de aquel sitio.

—Creí que tú eras distinto —balbució ella, al cabo de unos minutos que parecieron hacerse interminables.

—Al contrario. Desde el primer momento pedí que no avisarais a la policía.

Se produjo otra pausa entre los dos. Sus pensamientos parecían haberse paralizado. Kennedy hizo un esfuerzo y susurró:

—Mi historia no es la del buen chico descarriado al que deben tener lástima. No, no, todo lo contrario... En mis manos estaban todos los requisitos para una vida decente. Unos conocimientos técnicos, un buen empleo y la juventud por delante. Pero en mi camino no había encontrado más que explotadores, cínicos y embusteros. Patronos que te discutían un dólar después de habértelo hecho sudar, gentuza que controlaba los sindicatos, encargados que despedían a las obreras después de haber hecho con ellas lo que les daba la gana... Sí, quizá fue el trabajar en el Sur. Quizá fue el encontrarme en una de las zonas más pobres de los Estados Unidos. Lo curioso es que yo no era pobre. Podía vivir decorosamente, a pesar de todo. Pero la tristeza de la gente me entraba en el alma, me oprimía... No sé si tú podrás entenderlo alguna vez. Era como si en mi vida entrasen las mil pequeñas vidas de los otros. Hubo un momento en que pensé que nunca tendría un camino abierto ante mí, porque la sociedad nos cerraría todos los caminos importantes a los que sólo vivíamos de nuestro trabajo. Y me pareció que esa sociedad, por tanto, no merecía ningún respeto.

—¿Fue entonces cuando conociste a... a esos?

—Sí. Ellos estaban preparando un golpe genial, un solo golpe que nos permitiría retirarnos a todos, y sin causar una sola víctima. Seguían la pista de los diamantes Gugelheim, que iban a ser exhibidos en San Francisco, y mientras tanto viajaban a través del país por una ruta secreta, amparados por un seguro fabuloso. Necesitaban un hombre «honrado», como yo, para que les sirviera de enlace y averiguara lo que ellos no podían averiguar, porque en muchos ambientes estaban fichados. Todo fue bien hasta que me di cuenta de que ellos eran mucho más despreciables que aquella sociedad en la que yo ya no creía. Otro de los enlaces, un negro, quiso retirarse y entonces le mataron. Yo lo vi y no pude impedirlo. Te juro que aquella sangre me manchó desde la cabeza a las puntas de los zapatos. Me manchó el alma. Entonces fue cuando decidí separarme del grupo yo también, pero... no me lo han perdonado.

—¿Ellos te hirieron?

Kennedy envió al aire una risita amarga.

—Lo de la herida fue solo una caricia, claro. Lo que querían era

matarme... Y lo conseguirán si no me voy de aquí. Aún quedan dos. El muerto se llamaba Purcell. Los otros son Taylor y Oswald.

Ella dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

Sin fuerzas, sin alma, murmuró:

—Avisa a la policía.

—No pienso hacerlo. Yo no soy un chivato. Además, me caerían unos años por tentativa de robo. Lo que pienso hacer es olvidarme de todo esto si puedo. Huir y olvidarlo para siempre.

Ella recogió lentamente del suelo el frasquito de pastillas.

Se lo tendió a Kennedy silenciosamente.

Y aquel mudo gesto de ayuda fue más elocuente que todas las palabras, más elocuente que todo.

—Entremos los cadáveres —musitó ella—. Cualquiera podría encontrarlos aquí.

Kennedy la mirada intensamente.

Le parecía que nunca había visto una mujer igual.

Que nunca volvería a verla.

Con voz velada susurró:

—Lástima de corona para este tipo.

—¿Qué...?

—Lástima de corona de flores negras.

CAPÍTULO VIII

BIENVENIDO, SEÑOR MUERTO

Fue Puffy el que les vio llegar. Puffy, con grandes esfuerzos, se había abrochado ya la camisa y se estaba poniendo la corbata.

—Caramba —dijo—, ¿no se marchaba usted, señor Kennedy?

—Le he convencido para que se quedara —murmuró Alice—. Tal como está su herida, no le conviene seguir el viaje.

Puffy luchó a la desesperada con el nudo de la corbata.

—Hum... No sé qué dirá tu padre.

—Ya imagino que él no quería compañía hoy —musitó Alice—. Pero el señor Kennedy es distinto. Además, no podemos dejarle solo.

—Bueno, bueno... Tú misma.

Y siguió tratando de anudarse aquel trasto que no tenía arreglo.

Kennedy musitó:

—¿Le ayudo?

—Deje, deje... Para estas cosas me pinto solo.

—Es que parece que no va demasiado aprisa.

Puffy rió.

—Todo lo contrario. Usted no lo sabe, claro, pero en San Quintín me llamaban Jimmy *el Rápido*.

—Sería en broma. Pero... —y de repente Kennedy pareció darse cuenta de lo que significaba la frase—. ¿San Quintín? ¿Es que ha estado usted en la cárcel, Puffy?

El gordinflón palideció.

Miró desesperadamente a Alice, como pidiendo ayuda.

Alice hizo un gesto de indiferencia.

—Ni hacerle caso, muchacho. Ése no sabe por dónde va. San Quintín es una tienda de ultramarinos donde trabajó. Su último

empleo.

—Es que soy una desgracia —dijo Puffy, comiéndose casi la corbata—. ¡Maldita sea! ¡Soy un desgraciado! No puedo trabajar. Usted no sabe lo que es eso. Por la mañana, si me levanto a las siete, estoy vestido hacia las once. No hay quien me aguante más de dos días, contando encima con que uno de ellos sea domingo. Por las tardes necesito hacer la siesta. ¡Oh, nada de particular! ¡Media horita! Pero para arreglarme otra vez, se me hacen las seis de la tarde. Tampoco me admiten. ¿Saben lo que me ocurrió en Vietnam? Porque, aunque le parezca mentira, yo fui soldado.

—Ah, cuerno. Haría usted un magnífico blanco —rezongó Kennedy.

—Sí que lo hacía, pero tuve suerte. Sólo intervine en un combate. ¡Qué combate, amigo! A medianoche nos llaman a zafarrancho porque atacaban los del Vietcong. Yo sólo tenía que ponerme las cartucheras, el chaleco antibalas y el casco, pero tardé lo justito. Cuando me lo puse todo, los amarillos ya estaban allí. Y yo metido en un hoyo. Los americanos contraatacan y yo sigo metido en el hoyo. De pronto, salgo porque he perdido una bota mal abrochada (las prisas, ¿sabe?) y necesito buscarla. El coronel se da cuenta entonces de que yo he sido el único que ha resistido en la posición mientras los demás huían. Van, me condecoran, me ascienden a cabo y me dan un destino en Washington. Mi padre ya me lo decía: «Tú nunca corras. Tú lento, pero seguro, seguro...». De pronto calló.

Sus facciones se habían vuelto tan amarillas como las de los Vietcong de que hablaba. Miraba hacia la lejanía.

Kennedy miró también.

Y palideció.

Porque por el sendero trepaba hasta la casa una furgoneta como las que transportan a los muertos.

Ferguson acababa de salir también.

Su rostro se había ensombrecido.

Se había ensombrecido como la tarde, cuyos colores declinaban rápidamente. Ahora se daba uno cuenta de que la tarde no iba a durar siempre y que de pronto llegaría la noche. El silencio lo envolvía todo. Sólo se oía el «ruuun... ruuun» algo cansino de la vieja furgoneta al remontar la cuesta.

Ferguson balbució:

—Ya está aquí.

Y parecía como si hablara de algo que por fuerza tenía que suceder, de algo absolutamente inevitable.

La furgoneta se detuvo.

Un tipo vestido de blanco bajó a tierra.

—¿Quién de ustedes es el señor Ferguson?

—Yo mismo.

El tipo vestido de blanco tendió la mano cansinamente.

—Le traemos a su familiar. Mi pésame, señor. El transporte ya está concluido. Mi pésame, señor. ¿Satisfecho del servicio? Son diez dólares por extra de transporte de puerta a puerta, propina aparte. Mi pésame, señor.

Ferguson se había vuelto también de color amarillo.

Extrajo un fajo de dólares y pagó.

El tipo vestido de blanco le tendió un talonario.

—Firme aquí, señor, acreditando que ha recibido a su pariente en buen estado. ¿Dónde quiere que le dejemos el encargo?

—Pues... pues... Bueno, póngalo en el garaje.

—Desde luego, señor. En peores sitios he dejado yo a muchos muertos. Si le contara... ¡Tú, Pepito, gandul!

Pepito era un fulano con pinta de habitante del Caribe. Se había dormido sobre el tablier. No despertó hasta que el otro atizó un par de empujones al claxon.

—¡Vamos!... ¡Me ayudarás a entrar el ataúd! ¡Ya lo sabes, burro! ¿Para qué te contrataron? ¡Servicio de puerta a puerta...!

El ataúd fue descargado y puesto en el garaje. Resultaba bastante lujoso. Claro que allí en el suelo, junto a unos neumáticos sin cámara, resultaba un tanto anacrónico.

Pero era seguro que el muerto no protestaría.

Cuando la furgoneta se hubo ido, todos se reunieron en torno al sarcófago. La verdad era que nadie se atrevía a tocarlo. Tuvieron que transcurrir largos minutos hasta que Ferguson se decidió al fin.

—Tiene que ser él —musitó—. No hay posibilidad de error. El destino me ha enviado aquí a Kinley, el profesor de Harvard.

—Dirás que te lo han enviado los seres de otro planeta —murmuró Puffy, que hablaba poco, pero cuando hablaba la soltaba buena.

Ferguson no contestó.

Destapó la tapa.

Y dentro vieron todos el cadáver embalsamado, con las facciones apergaminadas y las manos unidas sobre el pecho, como si estuviera rezando.

Kennedy balbució:

—Por favor, deme aquel recorte de periódico.

—Necesita estar seguro, ¿verdad?

—Sí. Es que no acabo de creerlo.

—Tome.

Ferguson le dio el recorte. Pese a los naturales cambios que la muerte y las manos del embalsamador habían causado en su rostro, no cabía duda de que era el mismo hombre de la foto reproducida en el recorte.

Se lo volvió a tender a Ferguson.

—Es increíble... —balbució.

—Más increíble será lo que ocurrirá esta noche.

—¿Qué va a ocurrir?

—Se lo dije.

Los párpados de Kennedy temblaron.

—No lo entendí, Ferguson. No lo entendí porque no lo creo. Y pienso que no se atreverá a repetirlo.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo es exactamente lo que va a suceder.

Hizo una pausa, y con voz tensa añadió:

—Los hombres del espacio se lo llevarán esta misma noche.

CAPÍTULO IX

CUANDO MUERE LA TARDE

Las precauciones para evitar que alguien se llevase el cadáver resultaban relativamente sencillas. La verdad era que ni por un momento creyó Kennedy que aquello fuera a suceder, pero sin embargo estaban ocurriendo tantas cosas extrañas, que ya dudaba de sí mismo, de sus pensamientos y de todo. Por eso se sorprendió al ser él mismo quien propuso:

—Lo vigilaremos por turnos.

—¿Aquí?

—Aquí.

A Puffy, que ya había logrado hacerse el nudo, se le deshizo de repente.

—Bueno, yo no me quedo —dijo—. Además, cuando termine de vestirme ya estará amaneciendo.

—Deberemos quedarnos todos nosotros —dijo Kennedy—. Quiero decir todos los hombres, en turnos de *una* hora. La única que no se quedará será Alice.

Ferguson hizo un gesto afirmativo.

—Estoy de acuerdo. Que empiece Puffy.

Puffy se sobresaltó.

—¿Y por qué yo?...

—Porque Kennedy y yo tenemos trabajo urgente.

—Me gustaría saber cuál.

—Muy sencillo, pedazo de mula. El «Lincoln» está aquí, muy cerca de la casa. Necesitamos enviarlo bien lejos para que nadie busque a Kennedy en este lugar. Y él tiene que acompañarme porque conoce a los que le persiguen y su coche. Me los ha de señalar si les ve, para que yo les esquive, no sea que vayamos a

rompernos los cascos unos contra otros en la primera esquina. Aunque, naturalmente, no irá a mi lado. Irá medio oculto en el asiento posterior.

Kennedy comprendió que aquél era un pensamiento muy razonable. Se le había ocurrido antes a él, claro, pero sin atreverse a decirlo para no pedir a Ferguson un nuevo favor, encima de los que ya le estaba haciendo.

Ferguson dijo:

—Vamos.

Salió con Alice y Kennedy.

Los dos hombres se dirigieron al callejón y montaron en el «Lincoln». Ferguson lo hizo al volante y Kennedy medio se tendió en el asiento trasero, pero de forma que pudiera ver.

Salieron a poca velocidad.

—Contando con que esos tipos estén cerca de la gasolinera, nosotros iremos por el otro lado —dijo Ferguson—. Usted procure fijarse en todas las esquinas, no sea que vayamos a cruzarnos con ellos. ¿Conocen bien este coche?

—Como si lo hubieran fabricado con sus manos.

—Razón de más para que extrememos las precauciones. Yo iré a poca velocidad, pero listo para correr y esquivar si usted me lo dice.

Kennedy asintió.

Permaneció atento, con una tensión casi dolorosa.

No dudaba de que Taylor y Oswald estarían dando vueltas por la pequeña ciudad para localizar al «Lincoln».

Pero no se veían apenas coches, y mucho menos el «Zephyr» rojo. La ciudad de Ratón estaba tranquila el domingo al anochecer. Sólo se veía un poco de animación en los bares con licencia para alcoholes, donde los bebedores se alineaban taciturnos ante la barra. Y mucha animación en la puerta de una casa estrecha donde las primeras luces de neón anunciaban: *Dancing. Girls, Girls, Girls...*

También había un poco de animación en el periódico local, que tenía un nombre casi cómico: *Ratón News*. Las luces de la redacción y talleres acababan de encenderse. Unos cuantos tipos en mangas de camisa se asomaban a las ventanas y parecían pensar en lo podrido que es el domingo cuando uno tiene que arrimar el hombro.

Ferguson se volvió levemente.

—¿Qué?...

—Por ahora, nada.

—Ahora dejaremos la calle principal, que era el sitio peligroso. Daremos la vuelta a aquel gran almacén y nos encontraremos prácticamente en el campo. Hay un gran foso donde podemos arrojar el «Lincoln». Cortaremos el contacto antes, para que no se incendie y no llame la atención. ¿Le importa que el coche se vaya al diablo?

—No, no, al contrario... No puede imaginarse la antipatía que siento por él. Desde que me metí dentro, estuve pensando que iba a ser mi ataúd.

De pronto, Kennedy se sobresaltó.

—¡Cuidado!...

—¿Qué pasa?

—Esos coches...

—Son de la policía. Ninguno de ellos es el de los hombres que le persiguen a usted. Al contrario...

—Pero ¿qué hacen tres patrulleros aquí? Son los primeros que veo en la ciudad.

—Es que no hay más que tres. Se han concentrado todos en este sitio —dijo Ferguson.

—¿Por qué?

—¿No ve el edificio?

Kennedy miró mejor. El edificio era de piedra y tenía una planta rectangular, con sólo dos pisos. Arriba ondeaba la bandera de las barras y estrellas. En el frontispicio, una inscripción de bronce anunciaba: New

Mexico's

Federal Reserve Bank.

Muy cerca de la bandera, una gigantesca antena de televisión parecía vacilar un poco a impulsos del viento.

Mientras seguían rodando, Kennedy murmuró:

—Esa antena va a caerse...

—Sí, ya sé. Puffy está avisado desde esta mañana.

—¿Puffy...?

—¿Por qué se sorprende? Puffy es el mejor instalador de antenas de televisión que hay en la ciudad. De algo tenía que vivir, ¿no? ¿O

pensaba que yo le mantenía?

—No, no... Ya pensaba que haría algún trabajo. De mantenerle, nada. ¡Con lo que debe comer el tío...! Pero como es domingo no se me había ocurrido pensar en su trabajo.

—Pues repara e instala antenas de televisión. Es un profesional muy experto. Ya se lo he dicho: el mejor. Le han avisado esta mañana para que viniera a ajustar la del Banco. ¡Pero como mi cuñadito tarda tanto en vestirse...!

Doblaron la esquina, saliendo de la zona peligrosa de la calle Principal.

Kennedy murmuró:

—¿Y por qué tanta policía en el Banco?

—Usted no va a creermelo.

—He de creerle, Ferguson. Usted me ha dado muchas pruebas de ser un hombre de bien.

—Verá... ¿Recuerda que ha hablado antes de los diamantes Gugelheim? Se lo ha dicho a Alice. Alice me lo ha contado.

—Sí, claro que lo recuerdo, pero...

Ferguson dijo rotundamente:

—Los diamantes Gugelheim están ahí.

—¿Cómo...?

—Parece que sus amigos no iban desencaminados.

—Ellos no sabían que los diamantes se hallaban precisamente en Ratón. Únicamente estaban enterados de que los transportaban por esta zona.

—Pues se encuentran ahí. Los trajeron hace dos días. Luego, parece que seguirán ruta hacia San Francisco, cuando llegue la furgoneta blindada.

—Claro... Los diamantes no pueden ser transportados por avión —murmuró Kennedy.

—¿Se imagina un incendio, por pequeño que fuera? Los diamantes son carbono puro. Arden como cerillas.

—Pero ¿por qué tanta policía? Hasta ahora los Gugelheim habían sido transportados en secreto. Todos esos tíos de la «bofia» en la puerta parecen anunciar: «¡Los tenemos aquí, muchachos!».

—De eso soy un poco responsable yo —murmuró Ferguson.

—¿Usted?

—Sí, yo. Por lo que he contado a todo el mundo sobre lo que va

a suceder esta noche.

—Ya me he dado cuenta de que la ciudad anda algo excitada. Bueno, me di cuenta al hablar con la pobre Priscille. No me extraña que una chica de una gasolinera le hubiera creído a usted, Ferguson. Pero ¿por qué también la policía?

—¿Y por qué no? La policía es lo más asustadizo que existe, muchacho. Es como el dinero. En cuanto suena un rumor lejano de peligro, se pone en guardia. Han pensado que si llegaban seres de otro planeta, éstos podían sentir cierta apetencia por los diamantes Gugelheim. Y se han puesto a vigilar como mastines. Hay policías hasta en la cloaca.

Kennedy rió, olvidándose por un momento de sus preocupaciones.

—Menuda broma les ha gastado usted, Ferguson.

—¿Broma?

El rostro de Ferguson había adquirido una repentina gravedad.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

—No sé... Me ha parecido que...

—¿No ha visto usted los recortes del periódico? ¿No ha visto la llegada del muerto?

—Sí, pero es que... ¡Claro que lo he visto! Lo que ocurre es que no sé qué pensar, Ferguson. Todo me parece absolutamente increíble. Me parece algo que no puede suceder.

—¡Qué infeliz es usted, Kennedy! Perdona que se lo diga. Sitúese usted, por ejemplo, en 1950, total hace veinte años, y lea un periódico. Allí se dice: «Un hombre se pasea por la luna». ¿Usted lo hubiera creído?

—Pues... no. Hubiese creído que el periódico me gastaba una broma.

—Sin embargo, ha ocurrido. El paseo por la luna es ya casi una cosa monótona y que no despierta interés. Sitúese en 1941, al principio de la guerra, cuando Pearl Harbour fue atacado. Usted lee en el periódico: «Una sola bomba destruye la ciudad de Hiroshima y aniquila a cuatrocientas mil personas en diez segundos». ¿Lo hubiera creído?

—No, claro que no.

—Pues escasamente cuatro años más tarde, fue una verdad como un templo. Y si no, pregúnteselo a los supervivientes de la masacre.

¡Verá qué sarta de maldiciones le sueltan en japonés! Ahora estamos en 1970, en el planeta Tierra. Pero ¿qué año es más allá del espacio? ¿Es que existe el tiempo en esa zona que sólo dominan las estrellas? Einstein demostró que no, y la teoría matemática de los *quanta* ha dado a ese tiempo una dimensión distinta, algo que a nosotros se nos escapa. ¿Por qué en el espacio no pueden haber ocurrido cosas que nosotros ni siquiera imaginamos? ¿Por qué no pueden visitarnos otros seres?

Hizo una pausa, mientras aumentaba la velocidad, y añadió:

—Podría usted no creerlo si no hubiese pruebas. Pero las pruebas han llegado. Tiene usted al muerto en la casa. ¿Qué más necesita para convencerse?

Kennedy cerró un momento los ojos. Reconocía que Ferguson tenía razón.

¿Por qué no creer?

Pero lo que pasaba era que todo aquello le producía una confusa sensación de pesadilla. Y para defenderse de la pesadilla necesitaba aferrarse a las cosas conocidas, a los conceptos sabidos y familiares de cada día. ¡Por eso le costaba creer! ¡Por eso *no quería* creer!

Murmuró, de todos modos:

—Reconozco que si ha explicado eso a la policía deben estar alarmados.

—Bueno, yo no he explicado nada a la policía. He hablado por los cafés de la ciudad como hablo con usted. Y la policía, naturalmente, se ha enterado. Ya ve que ellos sí que me han creído.

Frenó el coche.

Kennedy se dio cuenta entonces de que habían dejado atrás la ciudad. Estaban al borde de un pequeño barranco, en cuyo fondo crecía la hierba. Con un poco de suerte incluso era posible que el «Lincoln», al despeñarse, quedara cubierto por la maleza.

Ferguson murmuró:

—Éste es el sitio.

—Corte el contacto. Y adelante. Yo empujaré.

—De acuerdo. Yo saltaré en el último momento.

Los dos hicieron la maniobra. Ferguson mantuvo la dirección hasta el último momento y luego saltó. El «Lincoln» dio una vuelta de campana y se hundió entre los matorrales del fondo del barranco.

Resultaba visible si uno se fijaba bien, pero difícilmente podía verlo cualquiera que transitara distraídamente por la carretera.

Ferguson señaló el paisaje.

La noche ya lo iba cubriendo todo.

—Amo la libertad —dijo Ferguson—. Esa libertad de moverse por donde uno quiera, de poder ir por el campo... La amo con todas las fuerzas de mi vida.

Kennedy la miró de soslayo.

—Oiga, Ferguson.

—¿Qué?

—¿No siempre ha estado usted libre?

—Bueno... Uno tiene temporadas de todo, ¿sabe?

Y señaló el paisaje, añadiendo:

—Hermoso, ¿verdad?

—Muy hermoso. Y es raro...

—Raro, ¿qué?

—Desde aquí se ve muy bien su plantación de flores. Hemos dado la vuelta a la ciudad y no estamos lejos de donde salimos.

—Mi plantación de flores se ve desde todas partes —bisbiseó Ferguson—. Y más aún se verá esta noche.

—¿Por qué?

Ferguson dijo con un soplo de voz:

—Porque ahí aterrizarán los seres de otro mundo. Porque ahí precisamente se posarán cuando llegue la Noche del Gran Silencio.

CAPÍTULO X

¡TERMINÓ DE VESTIRSE!

Cuando volvieron a la casa de Ferguson (a pie y dando rodeos para que no les vieses), un tipo vestido de azul y con aspecto de jefe de la «bofia» estaba en el garaje, en compañía de Puffy y del cadáver.

Kennedy tuvo un respingo al verle.

Quedó en un discreto segundo término.

Ferguson se adelantó y dio una palmada en la espalda al tipo vestido de azul.

—Caramba, teniente Allister.

El teniente Allister no parecía estar de muy buen talante.

Señaló el cadáver.

—Nunca creí que pudiera llegar a suceder —dijo.

—¿Cómo se ha enterado usted?

—Vi la furgoneta de la funeraria remontar la colina.

—Supongo que tendría una sorpresa. Pero más sorpresa tuve yo —musitó Ferguson—. Ya empezaba a creer que no sucedería.

Allister lanzó un gruñido.

—Hay demasiadas cosas extrañas en esto, Ferguson. Como las hay en su afirmación de que la ciudad quedará a oscuras. Y en su afirmación de que los marcianos (vamos a llamarles de esa manera) se posarán en su campo de flores. Y las había en su afirmación de que el cadáver de Kinley llegaría un domingo a Nuevo México. Y que su desaparición sería la señal de que los seres del otro mundo estaban aquí. ¡Todo esto es extraño, demasiado extraño! Pero ¡demonios!, el cadáver ya ha llegado. Y habrá llegado de una manera legal, ¿no?

—Absolutamente legal.

—Enséñele los documentos.

—Los de la funeraria me los han dado. Tome... Certificados sanitarios, permisos de traslado, recibo de que Kinley pagó el transporte antes de morir...

Allister arqueó una ceja.

—¿Usted conocía a Kinley?

—No.

—¿Por qué, entonces, pidió que cuando muriera lo trasladaran aquí?

Ferguson entrecerró los ojos.

Por unos momentos su expresión resultó inescrutable, resultó tan lejana y hermética como la de una médium.

—¿No se da cuenta, Allister? —musitó—. Él sintió la llamada del destino.

Por un momento todos guardaron silencio.

Un silencio espeso.

Diríase que la luz, que el aire, se habían ennegrecido. Hasta que aquel chispazo de luz saltó ante sus ojos de repente.

Hasta las cosas más sencillas, cuando uno está en tensión, parecen cosas sobrenaturales. Un golpe en una puerta, un susurro, un pedazo de papel arrastrado por el viento de la noche...

En esta ocasión lo que ocurrió no pudo ser más natural. Alice, a causa de la creciente oscuridad, había encendido la luz de neón del garaje, y esta produjo un brusco parpadeo. Todos se sentían tan nerviosos que dieron incluso un salto hacia atrás. Sobre todo, Allister. Allister tuvo la brutal sensación de que había empezado aquella especie de fenómeno extraordinario en el que de ningún modo quería creer.

La luz blanca y espectral dio un nuevo tinte al cadáver.

Éste, de repente, parecía haber envejecido, si es que los muertos envejecen. El teniente murmuró:

—Me ha sobresaltado, Alice... Oiga, Ferguson, ¿de qué cuerno murió Kinley?

—De muerte natural. Aquí tiene el certificado, expedido por el hospital de Romero, en el vecino Estado de Texas. Lo dice bien claro: cirrosis hepática. Pobre tío... A lo peor ni siquiera había probado el alcohol. La cirrosis, muchas veces, es hereditaria.

Allister examinó el certificado.

Todo en regla.

Ni la más remota sospecha de nada ilegal en aquello.

Pero el misterio seguía en pie. Todo aquello que no entendía seguía preocupándola.

—¡Maldita sea! —dijo—. ¡Tendrían que haberme trasladado de ciudad!

—No tema. Yo no he sabido que los seres de otro planeta vayan a matar a nadie.

—¿Ah, no? Y si vienen, ¿qué hago? ¿Les pido el documento de identidad?

Se pasó de pronto una mano por la cara, mientras lanzaba una maldición.

—¡Por todos los infiernos! ¡Ya hablo de eso como si fuera a suceder! ¡Y no sucederá, no, demonios!...

Ferguson dijo calmadamente:

—¿Ha pedido ayuda?

—¿Ayuda? ¿A quién? ¡Yo soy el jefe de la policía aquí! ¡No necesito a nadie!

—No se excite. Ya sé que es usted orgulloso. Y un hombre muy capaz, naturalmente. Pero se me ha ocurrido que quizá habría pedido ayuda de la policía de otras ciudades vecinas, o quién sabe si a los mismos federales.

—¡Y un cuerno! ¿Para que se rían de mí? ¿Para que aparezca en todos los periódicos mi cara, con un pie que diga: «Pidió que le ayudaran a combatir a los marcianos»?

—No se excite. De todos modos el editor del periódico local tampoco ha querido imprimir una palabra de todo esto.

—¡Y es muy natural! Podría convertirse en el hazmerreír de la comarca. De todos modos, no sé si se ha fijado que hoy tiene a la redacción completa, a pesar de ser domingo.

—Sí. He pasado por delante y me ha llamado la atención ver a los periodistas en las ventanas, con caras de pocos amigos.

—El director piensa lanzar un número extraordinario si algo sucede. Será la sensación del país. Pero, mientras tanto, no se arriesga. ¿Por qué hacer el ridículo?

—El que tampoco se arriesga es usted, Allister.

—¿Qué dice?

—He visto que ha instalado a todos los patrulleros delante del

Banco.

Allister ahogó una maldición.

—¿Piensa que creo en todas esas patrañas?

—Al menos toma precauciones.

—Tomar precauciones es de personas prudentes... aunque no vaya a suceder nada. Y ahora que habla del Banco, acabo de recordar una cosa grave.

—La antena de la televisión.

—Sí. ¡Está a punto de caerse!

Y clavó sus ojos rabiosos en Puffy.

—¡Eh, usted, gandul!

—¿Qué, señor policía?

—¡Le hemos avisado por la mañana para que reparara la antena!

—Y yo ya voy. Me estoy vistiendo.

—¿Todavía?

—No, no... Ya he terminado. ¡Ya estoy!

Y mostró orgullosamente sus pantalones bien abrochados y su camisa bien anudada.

Infló el pecho para demostrar que todo iba bien.

Y en aquel momento, debido a la grasa de Puffy, saltaron disparados dos botones: uno de la camisa y otro de la bragueta.

Allister se llevó las manos a los ojos.

—¡Maldito!... ¡No terminaremos nunca! Vaya al Banco de una maldita vez. Vaya en calzoncillo si quiere... ¡Pero vaya! ¡Vaya! ¡Vayaaaaa!...

Sus últimas palabras habían sido un ladrido.

Puffy echó a correr.

—Bueno, hombre, bueno... Sin avasallar... ¿Qué prisa corre lo de la antena? No funciona la televisión dentro del Banco... ¿Y qué? Allí sólo está ahora el vigilante de noche. ¿Y para qué la quiere? ¡Diga! ¿Para qué la quiere? ¿Total para enterarse de que con Coca-Cola todo marcha mejor?...

CAPÍTULO XI

LA CIUDAD QUE ACECHA

Puffy estaba reparando la antena de TV, aquella antena gigantesca clavada en el tejado del Banco.

Parecía mentira, pero lo estaba haciendo.

¡Por fin!

Había subido allí portando una gran maleta negra con sus trastos, y acompañado por Allister, el jefe de la policía.

Puffy resoplaba.

Mientras subía por las escaleras, saltó otro botón de su bragueta.

La situación se estaba haciendo desesperada.

Pero el tío llegó arriba.

—¿Qué pasa, Allister? ¿Por qué me acompaña?

—Quiero cerciorarme de que todo está bien.

Y dirigió una mirada penetrante en torno suyo.

Puffy puso los brazos en jarras, con lo cual no consiguió más que romper a la vez los dos sobacos de su camisa.

Raaas... Raaas...

—Pero, oiga, Allister, ¿es que no se fía de mí?

—Hum...

—Se quiere asegurar de que nadie va a entrar en el Banco, ¿eh? Pues medítelo bien, hombre, maldita sea. El tejado es hermético. Y está acorazado. Nosotros hemos subido por la escalera exterior. ¿Qué más quiere? Tiene a sus hombres ahí abajo, con los dientes fuera, vigilando como perros. ¿Tan importante es lo que hay en el Banco? ¿Corre algún peligro?

—No. Pero mi obligación es asegurarme de que todo marcha.

Y paseó en torno suyo una mirada satisfecha.

Puffy masculló:

—Al fin y al cabo, ¿por qué tantas precauciones? Este Banco nunca ha tenido ni cinco. La semana pasada fui a cobrar un cheque de treinta dólares y no me lo pagaron.

—No tendría fondos —murmuró Allister.

—Eso también es verdad —reconoció Puffy—. ¿Ve? No se me había ocurrido.

Y se puso a sujetar tranquilamente la antena, hasta que Allister soltó un bufido y le dejó solo.

Mientras el jefe de la policía bajaba la escalera, Puffy gritó:

—¡Cuidado no se rompa la crismaaaa!...

Lo dijo en el momento en que Allister caía desde el primer piso. Pero tuvo suerte. Lo único que le pasó fue que el tobillo izquierdo por poco le sale por el cogote.

Kennedy miró la llanura.

Los campos silenciosos.

La zona, rodeada de parajes desiertos, donde Ferguson cuidaba de sus flores.

Era verdad que éstas no tenían un color natural.

Parecían flores metalizadas, impropias de este planeta.

El pensamiento hizo estremecer a Kennedy. ¿Por qué se le había ocurrido? ¿Qué tontería era aquella?

Los pasos a su espalda le hicieron volverse.

Alice se movía muy bien en la penumbra, casi en la oscuridad, como si estuviese acostumbrada a ella.

Llevaba en la mano una bandeja con dos vasos.

Musitó:

—Te he preparado un combinado para animarte. ¿Te apetece? ¿Qué tal la herida?

—Mejor de lo que suponía.

—¿Qué haces? ¿Mirar desde la ventana?

—Sí. Veo que ha caído la noche...

—No ha caído aún. Pero está bonita la ciudad con tantas luces, ¿verdad?

—Cierto. Ratón es más bonito a esta hora.

—Lástima cuando las luces se apaguen...

Kennedy, que iba a beber un sorbo, apartó lentamente el vaso de su boca.

—¿Qué dices?

Ella se encogió de hombros.

—No sé. Son palabras de papá.

—Pero ¿por qué han de apagarse las luces?

—¿Cómo he de saberlo? Supongo que eso ocurrirá cuando lleguen los seres de otro mundo.

—Lo dices con una naturalidad que hiela la sangre.

—Ni yo misma me doy cuenta.

—Pero ¿tú crees en eso, Alice?

Ella desvió la conversación. Por unos momentos permaneció pensativa, hasta que dijo, paseando su mirada por el paisaje:

—No se ve el «Zephyr» rojo.

—No. Pero es seguro que lo han colocado en otra parte y aún están acechando.

—¿No crees que pueden haberse ido?

—Ésos no abandonan su presa. Sobre todo después de darse cuenta de que Purcell está muerto.

—No lo saben aún.

—Lo imaginarán, aunque no hayan descubierto su cadáver.

Y ahora sí que bebió su combinado a sorbos calmosos. Era un combinado excelente, como todo lo que hacía Alice... Porque Alice era una mujer de primera calidad. Lo notaba muy bien. Seguro que lo era. Alice tenía la extraña virtud de que sus manos ennoblecían cuánto tocaban.

Con un soplo de voz, él reconoció:

—Debería irme.

—¿Y por qué?

—Os pongo en peligro. Ahora que es de noche, debería irme.

—No te encontrarán.

—Tengo la sensación de que pueden hacerlo. No deben andar buscando sin descanso. Conozco sus métodos. Uno permanecerá junto al coche, mientras el otro recorre la ciudad. Y se irán turnando. Es cuestión de horas, pero preguntarán, indagarán...

Terminarán dando conmigo.

—Mientras no salgas a la calle, no te pueden ver.

—¿Y Puffy? ¿No meterá la pata ese buenazo de Puffy?

—¡Bah, no pienses en él! Ése se pasará toda la noche arreglando la antena.

—¿Tan lento es?

—¿Tú no le has visto vestirse? ¡Pues imagínate trabajando!

—Entonces, no entiendo cómo le han encargado la reparación a él.

—En parte porque ningún otro profesional querría trabajar en domingo. Y en parte porque él es un auténtico experto. Lento pero seguro. Esa antena, ya no tendrán que tocarla en diez años más.

Alice también terminó su combinado antes de añadir:

—Pero, me temo que se asuste. Me temo que tenga miedo en cuanto se apaguen todas las luces de la ciudad.

—Pero ¿tú crees que eso va a suceder?

—Es muy posible, Kennedy. Ha dicho mi padre que...

Y en aquel momento sucedió.

En aquel momento todas las luces de la ciudad se apagaron con un seco chasquido, y Ratón quedó en tinieblas.

CAPÍTULO XII

CUANDO SE HIELA LA SANGRE

Kennedy no se dio cuenta hasta que hubo ocurrido. Hasta que sus dedos se abrieron a causa de una crispación y el vaso que aún sostenía se hizo añicos contra el suelo.

La oscuridad le envolvía.

Era algo viscoso, impenetrable.

En la noche sin luna, no recordaba haber visto una oscuridad tan espesa como aquella de Ratón.

Pero notaba junto a él la presencia caliente de Alice, que no se había movido.

Alice bisbiseó:

—Dios santo... ¿Te das cuenta?

—Es inexplicable...

—Toda la ciudad ha quedado sin luz. Es exactamente lo que había dicho papá...

Oyeron gritos de improviso. Gritos en las calles y en las casas. Frenazos repentinos y no menos repentinos apretones de claxon.

—El pánico está cundiendo... —musitó Alice.

—¿Quieres decir que la gente esperaba esto?

—Nadie lo creía, pero en el fondo lo esperaba.

—Entonces tendrán preparadas luces de emergencia. Linternas, pilas, los faros de los coches...

—Claro que sí. No temas, la gente no se dará de narices en las esquinas. Pero muchos puntos de la ciudad que no son céntricos, estarán a oscuras completamente. Y no es eso lo peor. Es que esta oscuridad no tiene... no tiene explicación humana.

Kennedy tragó saliva bruscamente.

—¿Dónde está tu padre?

—Abajo, velando el cadáver.

—¿El que... dijeron que se llevarían?

—¡Pues claro que sí!

Kennedy tragó saliva y sintió que esa saliva era muy amarga.

—No es posible que tu padre se haya quedado solo —musitó.

—¿Por qué no?

—¿Y si ocurre lo que... lo que...?

Sujetó a Alice por los hombros fuertemente. La sujetó casi sin darse cuenta. La atrajo hacia sí mientras ella gemía:

—¡Por favor, Jim! ¡No me digas que ahora estás creyendo que todo eso es verdad!

—Yo no creo nada, muchacha. ¡Pero tengo ojos! Y estoy viendo cosas que no me gustan...

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a acompañar a tu padre.

—¿Tienes miedo?

—No es por mí. Temo que a él le pueda ocurrir algo.

Y soltó a la mujer.

La soltó con pena.

Porque se dio cuenta de que su aliento olía a juventud.

A vida.

Porque se dio cuenta de que nunca podría olvidarla. Pero todo lo que dijo fue:

—Cada día me vuelvo más idiota.

Y corrió hacia el garaje con toda la rapidez que le permitían sus piernas.

En el garaje reinaba la más impenetrable oscuridad. Era una oscuridad caliente, viscosa.

¿Cómo explicarlo?

Era una oscuridad habitada por un muerto. Kennedy llamó:

—¡Ferguson! ¡Ferguson!... ¡Señor Ferguson!...

Nadie le contestó.

El no conocía bien el garaje y no sabía dónde ponía los pies. Avanzó a tientas.

—¡Señor Ferguson!...

La oscuridad era más viscosa e impenetrable cada vez.

Y de pronto tropezó con el borde de algo que estaba en el suelo.

Con el borde del ataúd...

Todo el cuerpo de Kennedy sufrió un estremecimiento.

Nunca había sentido aquello.

El frío de su propia sangre...

Por unos momentos vaciló, no atreviéndose a hacer aquel gesto que podía ser definitivo.

Aquel gesto que le sumiría para siempre en el mundo del horror.

Pero al fin lo hizo.

Bajó las manos hasta el suelo, como un gimnasta que quiere tocarse las puntas de los pies.

En realidad lo hizo para meter las manos en el ataúd.

Para tocar al muerto.

Para cerciorarse de que estaba allí.

Pero no tocó nada.

Porque el ataúd estaba vacío.

Porque al muerto... ¡al muerto se lo había llevado la noche!

CAPÍTULO XIII

LOS HOMBRES DEL MAS ALLÁ

Jim Kennedy sintió el sudor en la columna vertebral. Un sudor helado que bajaba por su espalda poco a poco, gota a gota.

Palpó de nuevo el ataúd, y luego el suelo circundante, dominado por el pensamiento absurdo de que tal vez el muerto se había caído. ¡Como si un muerto pudiera caerse de su ataúd igual que un vivo se cae de su cama! Pero, naturalmente, no pudo palpar nada. El suelo estaba vacío.

Kennedy oyó un silbido.

Era el silbido de su propia respiración.

Poco a poco, palpando las paredes, salió del garaje.

El camino ya lo conocía, de modo que pudo hacerlo a tientas aunque poco a poco. Cuando llegó arriba, al sitio en que había dejado a Alice, fue para encontrarse con la sorpresa de que las tinieblas habían sido despejadas por la luz de un farol de petróleo.

Ferguson estaba sentado al lado de la muchacha.

Le miró con sobresalto.

—¿Qué pasa, Kennedy? ¿De dónde viene?

—He ido al garaje a ver si...

—Yo he venido al apagarse las luces, pensando que le podría ocurrir algo a mi hija.

—¿Y no se ha dado cuenta de nada?

—Darme cuenta, ¿de qué?

—¡El muerto ha desaparecido!

Ferguson hundió la cabeza.

Diríase que estaba apesadumbrado, pero al mismo tiempo flotaba en su rostro una indefinible sensación de alivio.

—Es mejor así —dijo—. Al fin y al cabo hemos salido de dudas.

Ha sucedido lo que tenía que suceder.

—¿Pero se da cuenta de lo que significan sus palabras? ¡Los seres de otro mundo se han llevado a un muerto de esta tierra!

—Sí —afirmó, como si se tratara de algo natural.

—Pero ¿por qué?

—Dijeron que lo harían.

—¡No lo entiendo!

—Quizá Kinley sabía mucho de ellos. No olvide sus declaraciones en el periódico. Quizá se había puesto en contacto con el Más Allá, es decir, con esos seres. Y ellos habrán cumplido las promesas que le hicieron.

Kennedy rechinó los dientes, aferrándose aún a un resto de verdad, a esa parcela de convicciones rutinarias entre las que todos vivimos, y sin las cuales nos sentimos perdidos, nos sentimos como unos náufragos en el océano inmenso del conocimiento.

—¡Por todos los diablos! —dijo—. ¡Contacto con el Más Allá! ¡No me diga! ¿Y un tipo tan importante iba a morir de cirrosis en un hospital gratuito de Texas?

Ferguson se excitó.

—¿Es que todos los hombres importantes han de tener dinero por fuerza? ¡Diga! ¿Se refiere a eso?

—No, pero...

—¿Murió rico Cristóbal Colón?

—Hombre, verá...

—¿Murió rico Tolstoi?

—Seguramente que no, pero...

—¡Mil cuernos! ¡Todos ellos pudieron haber ido perfectamente a un hospital gratuito si hubieran tenido cirrosis! ¡Y usted me sale ahora con esas monsergas! ¡La cuenta corriente de un hombre no tiene la menor relación con el estado de su cerebro! ¡Y en el caso de Kinley aún más! ¡Había descubierto algo tenebroso y maravilloso a la vez, algo que cambiaba el sentido del mundo, pero nadie le creía! ¡La gente se lo tomaba a broma! ¡Los periodistas le hacían interviús un poco en chacota, en plan de personaje pintoresco! ¿Se extraña de que bebiera? ¿Se extraña de que acabara sin un céntimo y con el hígado deshecho?

Kennedy hizo un gesto de comprensión con la cabeza.

—Perdone, quizá he dicho una tontería.

—No se preocupe. Ni usted ni yo podemos evitar nada. Ha sucedido la que tenía que suceder.

—Pero ahora... ¿qué va a ser de la ciudad?

—No ocurrirá nada malo. Según mis cálculos, los habitantes de otros mundos que nos visitan son mucho más civilizados que nosotros. No nos harán ningún daño.

—¿Y si alguien se pone en pie de guerra? ¿Y si alguien dispara?

—Allister no lo hará. Es un hombre pacífico. Ahora mismo debe estar preocupándose tan sólo de defender el Banco.

—Pero pedirá ayuda. Y puede que los que lleguen no sean tan pacíficos como él.

—¿Cómo va a pedir ayuda?

—Por teléfono.

—Estará interrumpido también. Me jugaría las dos manos. A ver, descuelgue.

Kennedy fue medio a tientas hasta el teléfono de la salita. Alzó el auricular.

Nada.

Ni idea de establecer comunicación.

—La línea está cortada...

—¡Pues claro! ¿Qué creía?

Kennedy dejó caer el auricular sobre la horquilla con un gesto de desaliento.

—Queda la radio —dijo.

—Sí, por supuesto, pero no sé si Allister se decidirá a emplearla. Mejor que no lo haga. Sería lamentable que recibiéramos en pie de guerra a unos seres que no vienen a hacernos ningún daño.

Kennedy sentía otra vez aquel frío espantoso en la columna vertebral.

Nunca había tenido miedo.

Y tampoco lo hubiera sentido ahora, caso de tener que enfrentarse a un hombre o a diez.

Pero esto era distinto.

Esto era enfrentarse con la noche. Enfrentarse con las estrellas, que estaban tan lejos. Enfrentarse con el propio cerebro de uno, que estaba tan cerca.

Barbotó:

—Pero ¿dónde están esos habitantes del Más Allá? ¿Dónde

están, por todos los infiernos?

Ferguson bisbiseó:

—Allí los tiene. Mire.

Y entonces fue cuando Jim Kennedy sintió que le temblaban las piernas y se le desencajaban los ojos.

CAPÍTULO XIV

LAS MILES DE LUCECITAS

Lo que vio a través de la ventana resultaba único, increíble. Cada una de las flores que Ferguson cuidaba en su campo, se estaba convirtiendo en una lucecita. Miles y miles de ellas. Las lucecitas se encendían alternativamente, en oleadas, como siguiendo un gigantesco movimiento de abanico. Se encendían, se ocultaban, volvían a aparecer, se quedaban quietas... Las del fondo fueron las que aparecieron más tarde. Pero medio minuto después aquella especie de zona negra que era el campo de flores, se convirtió en una alfombra maravillosa, en una alfombra de luciérnagas.

Kennedy estaba petrificado.

No era ya sólo por la belleza de lo que estaba viendo, una belleza sencilla y al mismo tiempo inolvidable.

Era por lo que significaba.

¡Ocurría como le habían dicho!

¡Los hombres del espacio estaban allí!

Oyó gritos por todas partes.

Parecía como si la ciudad entera gritase.

Sonaban los cláxons.

La población entera de Ratón parecía estar en las calles y haberse vuelto loca.

Ferguson murmuró:

—Así es exactamente como tenía que ocurrir. Así es como estaba previsto.

—Pero ¿qué significa eso?

—Los hombres del Más Allá y la nave que los transporta se han situado sobre ese campo. Las flores se han vuelto incandescentes.

—¿Sin ser destruidas?

—Ya lo ve. Ninguna de ellas parece haberlo sido. Claro que estamos a mucha distancia, pero aun así se observa que ninguna de ellas ha perdido su forma.

Los gritos arreciaban.

Era evidente que desde las calles la gente estaba contemplando aquello.

Ahora ya nadie dudaba en Ratón.

¡Los hombres del espacio estaban allí!

¡Como Ferguson insinuó, la ciudad había sido invadida!...

De pronto, sonó en todas partes un «Ooooh» de asombro.

Kennedy también vio lo que ocurría. Lo vio antes que la gente de la calle. Y sin embargo, si hubiera de confesar lo que vio, podía haber dicho que no ocurrió nada. Sencillamente, el brillo de las flores se fue extinguiendo. Las lucecitas que se movían aquí y allá se apagaron. Algunos pétalos, todavía luminosos, volaron por los aires.

La oscuridad empezó más o menos por el centro y se fue extendiendo a los lados en forma de círculo. Las flores se habían puesto a brillar siguiendo un ritmo de arriba abajo, de un lado a otro del campo. En cambio, su brillo se extinguió ahora por el centro. A partir de allí, la oscuridad avanzó en oleadas concéntricas hacia la superficie, siguiendo los movimientos que se forman en el agua de un estanque cuando uno arroja una piedra.

Kennedy estaba más asombrado aún.

Ya no sabía qué pensar. Y hubo un momento en que realmente no pensó nada. Su cerebro quedó en blanco, como si estuviera sumido en una alucinación.

Pronto la oscuridad se hizo en el campo entero.

Todo quedó hundido en las sombras como había estado unos minutos antes.

Los claxons dejaron de sonar; los gritos se extinguieron. Por unos instantes se tuvo la extraña sensación de que Ratón había pasado a ser una ciudad muerta.

Pero no lo era.

Porque de pronto todo cambió.

De pronto sonaron aquellas explosiones.

Allister, que seguía con sus policías junto al Banco, fue el primero en alarmarse por ellas. Le pareció que toda la ciudad

estallaba; las explosiones retumbaron aquí y allá. Se oyeron por todas partes. En los campos, entre las casas, en el interior de los almacenes. Hubo un momento en que ya no supo ni de dónde provenían. Se hubiera vuelto loco si aquello llega a durar un minuto.

Pero no duró ni eso.

De pronto, todos aquellos sonidos se extinguieron. Dio la sensación de que la ciudad entera quedaba vacía.

Allister no sabía adónde mirar.

Sus policías estaban petrificados.

Pero lo importante era que no ocurría nada en el Banco. Los valiosos Gugelheim, cuya custodia le habían confiado, estaban a buen recaudo. Por medio de un «*walkie-talkie*» se comunicó con los agentes que vigilaban los otros flancos y el ala posterior del edificio.

—Eh, muchachos... ¿Todo bien por ahí?

—¿Usted llama a todo esto «ir bien», teniente?

—¿Cuántas explosiones han sonado por vuestro lado?

—Imposible contarlas. Sonaban por todas partes. Pero no se han oído gritos de víctimas ni ruidos de edificios al derrumbarse. Yo diría que no han causado ningún daño.

—¿Alguien se ha acercado al Banco?

—¿Y quién cuerno se va a acercar? ¿Qué quiere? ¿Que venga alguien a pedirnos lumbre para el cigarrillo?

—¿Así que todo está en orden?

—¡Más que en orden! ¡Por aquí no se acerca ni una mosca! ¡Estamos solos nosotros, pero más asustados que liebres!

—¡No os mováis de vuestros puestos! ¡Ocurra lo que ocurra, permaneced clavados en ellos! ¡Corto!

—¡Teniente!

—¿Que pasa ahora?

—Si se acerca alguien que no nos parezca un ser humano, ¿disparamos?

—¿A qué viene eso ahora? ¿Quién creéis que ha llegado a Ratón? ¿Los habitantes del planeta Saturno?

—Sería mejor que hubieran llegado los habitantes. ¿Pero qué hacemos? Diga. ¿Hay que disparar?

—Nada de eso. Si se aproxima alguien que no os parezca... ¡ejem...! Que no os parezca normal, debéis manteneros a la

expectativa. Y me avisáis inmediatamente por el «*walkie-talkie*». Yo decidiré lo que hay que hacer.

Hizo un gesto para que los patrulleros estuvieran listos y se dispusieran a acudir a cualquier punto desde el cual fueran llamados.

Los motores ya estaban en marcha.

Allister se acercó a uno de los coches.

—Tú, Richard, comunica por radio con la central. Pregunta si hay alguna novedad allí.

—Enseguida, teniente.

Richard, que era el conductor, conectó e hizo la pregunta. El mismo Allister pudo escuchar la respuesta unos segundos más tarde:

—Todo bien aquí. No hay ninguna novedad, excepto las explosiones que se han producido por todas partes. Pero no se reciben noticias de daños ni peticiones de socorro.

Parece que no ha habido heridos.

Allister bramó ante el aparato:

—¿Alguien ha visto a... a gente que no pareciera de este planeta?

—Acabamos de recibir dos llamadas. Cada una de ellas es de un lado opuesto de la ciudad. Una mujer asegura haber visto una especie de hombre color oro que volaba. La otra, asegura, por el contrario, que se trataba de una especie de reptil mitad humano que se deslizaba a ras de tierra. Hemos enviado para hacer comprobaciones a los dos únicos agentes que teníamos libres de servicio.

—De acuerdo, aunque supongo que se trata de los visionarios que siempre aparecen en tales casos —murmuró Allister—. Ténganme al corriente de cualquier anormalidad que ocurra. Corto.

Y Allister se despegó del coche para mirar en torno suyo, donde todo parecía en calma. Echó una ojeada hacia arriba, hacia el tejado del Banco, y entonces se acordó de Puffy.

«¡Pobre tío! —pensó—. ¡Allí solo y con todo lo que ha ocurrido! ¡Menuda noche!...».

CAPÍTULO XV

LE COMPRO SU COCHE, FERGUSON

Mientras tanto, la ciudad seguía envuelta en una oscuridad siniestra e impenetrable.

En el interior de las casas, la gente se alumbraba por medio de linternas y lámparas de pilas que ya tenían preparadas de antemano, pues aunque mucha gente se había burlado de las predicciones de Ferguson, la verdad era que la mayor parte de los habitantes de Ratón habían tomado sus medidas por si acaso. En cuanto a las calles, aparecían más o menos alumbradas por los rayos cruzados de los faros de los automóviles. Pero muchas zonas de la ciudad, sobre todo las correspondientes a sectores industriales y jardines públicos, permanecían en la oscuridad más impenetrable.

Desde luego, nadie se dedicaba precisamente a ir de visita en aquellos momentos.

Y por eso llamó más la atención el que alguien golpeará con los nudillos en la puerta de Ferguson.

Las facciones de éste se crisparon.

Con voz alterada murmuró:

—¿Quién diablos puede venir ahora?...

Pero abrió.

El tipo que se recortó en el umbral tenía aspecto en parte de mecánico, en parte de rufián y en parte de sabio distraído. Tenía aspecto de mecánico por su mono blanco manchado de aceites minerales; de rufián por su modo desenvuelto de hablar y por su mirada de ir «a la que salta»; y de sabio distraído porque, según demostró enseguida, aún no se había enterado de lo que estaba ocurriendo.

Dijo:

—Hola, señor Ferguson. Usted pasándolo en grande, ¿eh? ¿Qué? ¿Se ha acordado de mi oferta?

—¿Qué oferta?

—La que le hice por su coche.

—¡Vete al diablo, Joyce!

—El diablo es usted. Ya veo que trata de engañarme. Pretende que me ponga nervioso y le doble la cantidad, ¿no? ¡Pues bien! ¡Lo ha conseguido! ¡Le doblo la cantidad! ¡Son quinientos dólares! ¡El coche entero no vale tanto!

—¡No me vengas ahora con monsergas! ¿No te has enterado de que la ciudad está a oscuras?

—Pero ¿por qué? ¡Es una suma la mar de razonable!

—¡No me interesa, Joyce!

—¿Qué? ¿A oscuras?...

—¡Y ha habido explosiones!

—Yo estaba en mi taller montando aquel carburador del año nueve. No me he enterado de nada.

—¿Ni de que se ha apagado la luz? ¿Con qué te alumbras?

—En mi taller no tengo instalación eléctrica. Ya sabe que está muy aislado. Trabajo con una gran lámpara de pilas.

—¡Joyce, déjame en paz!

—¡Seiscientos dólares, señor Ferguson! ¡Seiscientos por su trasto, pagados ahora mismo!

—¡No quiero ni oír hablar de eso! ¡Fuera!

Y cerró la puerta de golpe.

Por poco aplasta las narices a Joyce.

Aún se oyó la última protesta de éste:

—¡Caray! ¡Qué humos!

Cuando hubo cerrado la puerta, Ferguson se volvió hacia el interior de la casa. Estaba nervioso.

—Ese maldito Joyce... ¡Me lo encuentro hasta en la cama!

—¿Qué quiere? —preguntó Kennedy.

—Comprarme mi coche.

—¿El que he visto antes en el garaje?

—El mismo.

—Perdone que me meta en lo que no me importa, Ferguson, pero seiscientos dólares al contado es una buena oferta.

—¡No me interesa! ¡Le tengo cariño al coche y además funciona

estupendamente bien! ¡No me hable de eso!

—¿Y para qué lo quiere Joyce?

—Es un chalado. Eso es lo que es: ¡un maniático! Quiere construir un «Ford» con una pieza distinta de los modelos de cada año. Imagine, por ejemplo, una carrocería del cincuenta con un carburador del nueve y un radiador del sesenta y uno. No sé qué saldrá de todo eso. Una extravagancia como otra cualquiera. Se pasa horas y horas ajustando piezas. Y mi coche lo quiere por el radiador. Es un modelo del sesenta y uno.

—¿No ha encontrado otros?

—De vez en cuando se da una vuelta por los cementerios de coches, pero sin salir de Ratón. No le gusta alejarse de su condenado taller. En fin, ¿para qué seguir discutiendo? ¡Que me deje en paz!

Y a la luz incierta de la lámpara, se preparó un *whisky* doble.

Kennedy hizo un gesto con la cabeza y decidió olvidarse de aquel pequeño incidente, al que no dio ninguna importancia. Los americanos, cuando tienen horas libres, son muy aficionados a la mecánica. Kennedy había conocido a uno que pretendía construir un avión con algo así como un motor fuera borda.

Él se acercó al mueble-bar y se preparó también un *whisky* doble.

Ya casi no le dolía la herida.

Pero había llegado a olvidarse de ella a causa de las preocupaciones que le obsesionaban.

Los seres de otro mundo.

¡Los seres de otro mundo podían estar allí!

Pero ¿dónde?

La sensación de pesadilla le acometió otra vez.

En aquel momento, Alice, que parecía muy tranquila, pasó por delante de ellos para abrir una de las puertas que daban al otro lado de la casa.

—Voy a cambiarme de ropa, papá —dijo.

Kennedy no dio importancia a aquello.

¿Por qué iba a dársela?

Pero la tenía. Vaya si la tenía.

CAPÍTULO XVI

PRECIOSA: LA CAMA ESTA OCUPADA

Alice entró tranquilamente en el dormitorio que había ocupado hasta entonces, desde que ella, Ferguson y Puffy se trasladaron a vivir a Ratón. No hacía mucho tiempo, pero a ella le parecía una eternidad. Ratón era una ciudad muerta y soporífera, una ciudad de ésas en que parece haberse producido una gran novedad cuando se estropea la bomba de la gasolinera.

Pero el dormitorio era confortable. Alice lo había arreglado a su gusto durante los últimos meses, a pesar de saber que no viviría siempre allí. Cuando uno entraba en aquella habitación, tenía una inmediata sensación de femineidad, de dulzura.

La muchacha encendió el quinqué que ya tenía preparado encima del tocador. Aquel quinqué extendió por la pieza una luz rosada y difusa.

E iluminó las butacas tapizadas de raso, las cortinas de encaje y la cama. La cama estaba ocupada.

Alice paseó por ella una mirada superficial.

No se inmutó.

Al fin y al cabo, aquella «cosa» que estaba encima de la cama y ella misma eran viejos conocidos. Había visto al muerto cuando lo trajeron. Lo había visto en el garaje. Ahora estaba allí.

El cadáver del profesor Kinley yacía en la cama.

La muchacha dejó de mirarlo.

Dejó de mirar sus facciones afiladas, color tierra, que parecían enviarle un mensaje desde el Más Allá.

Alice se quitó el vestido por la cabeza, con un gesto lleno de desenvoltura y gracia. Luego se puso unas ropas más cómodas y que parecían aptas para efectuar un largo viaje: zapatos bajos, calcetines

hasta la rodilla y un mono blanco que parecía el de un mecánico.

Encima del mono blanco se puso un jersey ligero de color gris. Cuando se lo estaba ajustando, alguien entró sin llamar.

Era Ferguson.

—¿Lista, Alice?

—Ya casi lo estoy.

—Puffy vendrá enseguida —murmuró Ferguson.

—¿Habrá terminado ya?

—Seguro...

—¿Y no ha podido ocurrirle nada? —preguntó Alice, con un gesto de preocupación.

—¿A ése? No temas. Es el tío más seguro que he conocido, cuando se trata de hacer algo importante. Y además, actúa como un reloj, ¿sabes? Tantos segundos para esto; tantos segundos para lo otro. Descuida. Tiene que llegar aquí exactamente dentro de cinco minutos.

Ella se puso maquinalmente un cigarrillo en los labios.

—En fin, tú se lo encargaste todo a él —dijo—. Si falla, serás el único responsable.

—No puede fallar.

Y Ferguson se acercó a la cama, mirando pensativamente el cadáver.

—Todo ha sucedido como tenía que suceder —dijo—. Todo, exactamente todo. Hasta lo del muerto. Pero no me gusta que esté la luz encendida.

—¿Por qué?

—Imagina que alguien entra.

—Sí, claro, tienes razón.

—Al menos que dejen en paz a Kinley.

—Cierto —reconoció Alice, mientras daba una lenta chupada a su cigarrillo—. Que dejen en paz a Kinley.

En aquel momento oyeron que alguien llamaba fuertemente con los nudillos en la puerta principal de la casa.

Abrieron.

Seguramente había abierto Kennedy.

Y se oyó el vozarrón del teniente Allister.

—¡El muerto! ¿Dónde está el muerto? ¡Quiero saber si esa parte de la profecía también se ha cumplido! ¡Quiero saber si el muerto se

ha largado de su ataúd!

—Se ha largado —murmuró la voz de Kennedy.

—¡No es posible!

—Véalo usted mismo. El ataúd está en el garaje. Y vacío.

Se oyeron los pasos del teniente.

Ferguson hizo un gesto a Alice.

—Apaga la luz. ¡Y fuera!

—De acuerdo. Vamos.

Ella bajó la mecha hasta que la lámpara se apagó. Las tinieblas se hicieron impenetrables, puesto que por las dos ventanas no penetraba la menor claridad.

Salieron, cerrando bien la puerta.

Allister estaba en el vestíbulo.

Clavó sus ojos acerados en Ferguson.

—¡Oiga! No me va a hacer creer que...

—Crea lo que quiera, teniente.

—¡Demonios! ¡Esto es para volverse loco! ¡Usted dijo que las luces de la ciudad se apagarían! ¡Y se han apagado! ¡Dijo que llegaría un muerto en domingo! ¡Y ha llegado! ¡Dijo que los seres de otro mundo aterrizarían en su campo de flores! ¡Y en su campo de flores han ocurrido cosas que no me atrevo ni a describir! ¡Por todos los infiernos! ¿Va a hacerme creer también que el muerto se ha ido?

—Se ha ido, teniente.

Allister se metió materialmente un puño en la boca.

No sabía ni qué decir.

Al fin barbotó:

—¡Lléveme al garaje! ¡Quiero verlo!

—Naturalmente que sí. Y casi es un alivio que usted esté aquí, teniente Allister. Fueron todos al garaje, llevando por delante una linterna. Al ver el ataúd vacío, Allister se dio a todos los diablos. Soltó tales barbaridades, que Alice decidió no sólo taparse los oídos, sino largarse de allí.

Volvió a su dormitorio.

Estaba ya arreglada, pero aún quería meter unas cuantas cosas en su neceser. No encendió la luz.

¿Para qué?

Conocía perfectamente la situación de cada objeto.

Después de cerrar la puerta cuidadosamente, se acercó a la cama sólo para hacer la rutinaria comprobación de que todo seguía en orden. Su mano derecha se posó levemente, en un suave roce, sobre la frente del muerto.

Una frente que tenía que estar helada.

Pero no estaba helada.

Estaba caliente. Y sudorosa...

CAPÍTULO XVII

ENTRA EN LA MUERTE, MUÑECA

Ella sintió como si la hubiesen quemado. Como si acabara de introducir la mano en un homo lleno de brasas candentes. La retiró en fracciones de segundo, mientras lanzaba un grito.

Un grito ahogado que no llegó a oírse más allá de las paredes del dormitorio. Fue a huir, saltando hasta la puerta.

Pero no pudo.

El *muerto* la había sujetado férreamente por la muñeca, tirando de ella hasta hacerla caer en la cama.

En aquel momento fue cuando lo vio. A pesar de que la oscuridad dentro de la habitación era casi impenetrable, sus ojos se habituaron a ella y le permitieron distinguir los contornos de las cosas. Vio entonces muy cerca de ella el rostro de un desconocido; las facciones crispadas de un tipo al que no había visto nunca.

Él la sujetaba fuertemente con una mano.

Con la otra elevó una cosa brillante.

La punta de la navaja se clavó casi en la garganta de Alice. Ella tuvo que mantener la cabeza muy alzada, echándola hacia atrás, para que el acero no se le clavase en la carne.

El desconocido bisbiseó:

—Ahora vas a decírmelo todo, preciosa.

—¿Qué... qué he de decirle?

—Quiero saber dónde está Kennedy.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Oswald.

—¿Uno de los que... uno de los que le perseguían?

Los dientes del forajido rechinaron.

—Veo que estás muy enterada de todo, muñeca.

—Yo... no sé nada.

—No, ¿eh? ¿Entonces cómo estás enterada de que le perseguimos?

Alice se mordió el labio inferior.

Se dio cuenta de que había cometido una terrible equivocación al decir las anteriores palabras.

Pero, desesperadamente, decidió ganar tiempo.

Al fin y al cabo el teniente Allister estaba en la casa.

Quizá intervendría.

Tuvo que echar la cabeza más para atrás porque la punta de la navaja buscaba afanosamente su garganta.

—¡Habla! ¿Dónde está Kennedy?

—¿Cómo sabe... que está aquí?

—¡Maldita sea! ¡Hemos buscado como locos por todas partes! ¡Llevamos horas buscando! ¡Y al fin hemos encontrado las huellas de los neumáticos del «Lincoln»! ¡Ha estado mucho rato parado ante esta casa!

—No sé de qué me habla.

—Muy bien, muñeca, peor para ti. Entonces... ¡adiós!

Y fue a largar un salvaje tajo que degollaría a Alice.

Ella logró decir en el último segundo:

—Por favor...

—¿Qué pasa? ¿Vas a hablar?

—Aquí... había un cadáver.

—Sí, ya lo he visto antes, mientras espiaba por la ventana. Tú te estabas cambiando. ¡Bonitas piernas y bonito espectáculo! ¡Bonito todo, por Satanás! Cuando te has ido he sacado al muerto y lo he metido debajo de la cama. ¿Quién era? ¿Un pariente? ¿Tu marido tal vez? Bueno, siento haberte estropeado el velatorio. Los muertos estorban. ¡Los muertos a la fosa! Pero el que me interesa es Kennedy. ¿Dónde está ese perro?

—No... no lo sé.

Los dientes del *gángster* volvieron a rechinar.

—Entonces lo siento, muñeca. Entra en la muerte. Te aseguro que no duele tanto como la gente cree...

Y fue a mover de nuevo la derecha para degollar a la muchacha. Pero por segunda vez se interrumpió. Esta vez la puerta de la habitación acababa de abrirse. Una figura alta y ancha se recortaba

en el umbral.

Kennedy barbotó:

—Suelta tu pinchito, amigo. Vas a cortarte si no me haces caso.

Los músculos del *gángster* sufrieron una crispación.

—¡Kennedy!

—Ponte en pie y aparta a la muchacha. Vamos a resolver esto entre tú y yo. Vamos a resolver esto... si te atreves. A mí no me importa medirme cara a cara contigo. No me importa, aunque sepa que tienes que matarme.

—¿Por qué he de matarte? ¿Tan seguro estás?

—¡Claro que lo estoy! Tienes que acabar liquidándome por una cosa que va muy en contra mía.

Al otro le brillaron los ojos.

—¿Qué cosa? —barbotó.

—¡Diablos! Tú te llamas Oswald y yo me llamo Kennedy. ¿Te parece poco?

CAPÍTULO XVIII

BUEN TRABAJO, PUFFY

Oswald no lo pensó un segundo más.

Quizá las palabras de su enemigo le habían dado ánimos. Tal vez se sentía tan seguro que decidió acometer sin tomar ninguna clase de precauciones. Lo cierto fue que se lanzó. Sus labios vomitaron una salvaje imprecación, mientras dibujaba en el aire un zigzag con el cuchillo.

A cualquiera que entrase de repente en la habitación le habría parecido que la oscuridad era impenetrable. Pero los dos hombres ya se habían acostumbrado a ella. Se veían casi con tanta perfección como si fuese de día.

Kennedy saltó hacia la pared.

Esquivó la primera cuchillada, a costa de perder el equilibrio. Y rodó hasta el suelo, mientras su enemigo lanzaba un grito de triunfo.

Ninguno de los dos quería disparar.

Un disparo hubiera puesto en conmoción a la ciudad entera. Pero, además de eso, Kennedy no llevaba ningún arma. Sólo contaba con sus manos y con la flexibilidad de su cintura, que ahora iba a fallarle, porque le volvía a doler horriblemente la herida. Alzó las piernas.

Oswald se lanzaba.

Recibió el doble punterazo en el bajo vientre y se acordó en voz alta de la madre de Kennedy, y hasta de un par de primas camales de éste. Pero retrocedió gimiendo de dolor. Fue un momento en que Alice pudo haberle atacado por la espalda, pero la muchacha no sabía qué hacer.

Oswald se rehízo.

Atacó de nuevo.

Kennedy había girado sobre sí mismo y ahora estaba a los pies de la cama, doblado como un ovillo.

Pero tendió la pierna cuando Oswald avanzaba y le puso una hábil zancadilla. Fue una de esas zancadillas que se ven en el área de un campo de fútbol y ponen en pie a los espectadores. Oswald dio casi una vuelta de campana. Chocó contra la pared, se revolvió y lanzó la navaja furiosamente, jugándoselo todo a una carta.

Era un buen lanzador, y Kennedy estaba cerca.

Normalmente debió haberlo matado. De no haber contado Kennedy con su agilidad diabólica, habría entrado de golpe en los terrenos del Más Allá. Pero el joven se ladeó a tiempo, mientras la hoja de acero le rozaba materialmente el pecho y hasta se le llevaba por delante un botón de la camisa. La navaja se clavó tremolante en el marco de una de las puertas.

Oswald no tuvo tiempo de reaccionar.

Kennedy ya se había lanzado.

Le sujetó por el cuello como había hecho con su anterior enemigo. La presa fue mortal.

Nunca Alice había visto nada semejante y quizá nunca volvería a verlo.

Hacía falta estar muy entrenado para aquello.

Diabólicamente entrenado.

Oswald no pudo ni gruñir.

Sus huesos crujieron cuando toda su cabeza pareció cambiar de posición, invirtiéndose completamente.

Kennedy hizo un gesto de repugnancia.

Quizá un gesto de repugnancia hacia sí mismo.

El enemigo cayó al suelo blandamente, en silencio, como una cosa inerte y fofa.

Alice pareció ir recuperándose poco a poco.

Pero aún le temblaba la voz cuando balbució:

—Nunca creí que pudieras hacer esto, Kennedy.

—Con franqueza, yo tampoco.

—Los hombres que te perseguían, ¿han muerto ya?

—Queda uno. Queda Taylor.

—Posiblemente huirá al verse solo.

—En eso confío. Pero lo más probable es que busque a Oswald,

o que éste le haya dicho dónde estoy. Quizá aparezca por aquí dentro de poco, y por eso hemos de estar en guardia.

Ella estaba muy quieta, apoyada en una de las paredes.

Se había llevado las manos a la boca, y su voz era apenas un leve susurro:

—¿Qué hacemos con el cadáver, Jim?

—Lo sacaré fuera, aprovechando la oscuridad. Cuando la policía lo descubra todo, no creo que se moleste demasiado en averiguar quién liquidó a unos tipos así. Lo más fácil es que hagan unas investigaciones rutinarias para cubrir el expediente, y luego archiven el asunto. Es el único lado bueno de la cuestión; no habrá complicaciones por ese lado.

Se acercó al muerto, lo tomó por las axilas y lo sacó a rastras de allí.

La oscuridad seguía pareciendo impenetrable, pero él ya estaba habituado. Se movió con tanta soltura como si fuese de día. Salió de la casa, siempre arrastrando el cadáver, y llegó con él hasta una zona donde se alineaban los almacenes vacíos, y que ya empezaba a conocer bien.

Lo dejó allí, alejándose rápidamente.

Nadie había podido seguir su rastro.

La ciudad seguía pareciendo una ciudad de locos.

La gente chillaba excitadamente y pedía que se llamase al ejército. La mayor parte de los habitantes, de todos modos, estaban en sus casas. Había extensas zonas de la población en las que no se distinguía a nadie.

Kennedy volvió de nuevo a la casa de Ferguson.

El ambiente volvía a ser tranquilo, si es que aquello era «tranquilidad». En aquel momento salía el teniente.

Dijo a gritos que daría una batida por toda la ciudad. Que un cadáver no se escapaba así como así.

—Más vale que se resigne —dijo Ferguson—. Usted no puede luchar contra lo imposible.

—¡Pero qué imposible ni qué cuentos! ¡Ese cadáver está en la ciudad! ¡No puede haberse escabullido!

—¿Tan seguro se siente?

—¡Ya no me siento seguro de nada! ¡Pero de todos modos, le prometo que registraré la ciudad palmo a palmo!

—Hay seres más inteligentes que usted, amigo. Seres contra los que no puede luchar.

El teniente se pasó el dorso de la mano por la boca.

Luego ahogó una maldición.

—Vuelvo al Banco —masculló.

—Haga lo que más le convenga. Pero repito: no luche contra lo imposible, teniente.

El policía se alejó.

Durante algunos segundos aún vieron oscilar la luz de su linterna en la calle, completamente sumida en tinieblas.

Y en aquel momento vieron a alguien que se acercaba.

Era un tipo grasiento, redondo.

Un tipo al que reconocieron enseguida.

Alice musitó:

—Tío Puffy...

En efecto, era Puffy el que se acercaba. Venía sudoroso y agitado. Al parecer, el trabajo que acababa de realizar le había puesto al borde del agotamiento.

La caja de herramientas con que se había dirigido al Banco, colgaba de su mano derecha.

—¡Uf! —dijo—. ¡Uf! ¡Qué nochecita!

—¿Ya has terminado el trabajo, tío Puffy? —le preguntó la muchacha.

—Sí. ¡Uf! ¡Uf! ¡Qué nochecita!

—¿Lo has terminado del todo?

—Claro que sí. ¡Uf! ¡Uf!

Ferguson le retiró la caja de las herramientas y le estrechó calurosamente la mano.

—Eres sensacional, Puffy. Buen trabajo...

—Gracias, amigo.

—Ahora hay que prepararlo todo para viajar.

—Lo estoy esperando —dijo Puffy—. La verdad, el aire de la ciudad ya se me hace insoportable.

Y se dirigió a su habitación.

—Voy a cambiarme —susurró—. Estas ropas no me gustan.

Kennedy musitó:

—¿Va a cambiarse? ¿Y dice que quiere salir de viaje?

—Desde luego que sí.

Kennedy puso los ojos en blanco.

—¡Pues entonces reserve plaza en un hotel para el año que viene! ¡Seguro que hasta entonces no sale!...

CAPÍTULO XIX

¡QUE NOCHECITA!...

La muchacha regresó a la sala.

Se movía entre la oscuridad con la facilidad de una tigresa acostumbrada a las tinieblas de la selva. Pero una vez en la sala, se sentó en el diván y encendió un quinqué. Una claridad tenue se proyectó sobre su rostro. Kennedy, que la había seguido, se dio cuenta de que en ese rostro se marcaba una profunda línea de preocupación.

La chica pasó una pierna sobre el brazo del diván y la balanceó suavemente.

Parecía no darse cuenta de que Kennedy la miraba.

Actuaba completamente abstraída. Debía tener la sensación de que estaba sola.

La luz se derramaba sobre su rostro hermético y sobre aquella línea de preocupación que lo cruzaba. Se derramaba también sobre sus piernas, sobre sus curvas fabulosas, sobre su cuerpo de diosa.

Durante largos minutos permaneció en silencio, abstraída, sin darse cuenta de que alguien la acompañaba.

Al fin Kennedy musitó:

—No pareces muy feliz, Alice.

Ella tuvo un sobresalto. Le miró de soslayo.

—No sabía que estuvieras aquí, Jim.

—Te he observado.

—¿Y...?

—Insisto en que no pareces muy feliz.

—No. Reconozco que no lo soy.

—Comprendo que todo esto te haya trastornado.

—No, Jim, tú no lo comprendes.

—¿Te ocurre algo?

—Debería ser feliz, y sin embargo...

Volvió a guardar silencio. Hizo un gesto de desaliento y murmuró:

—¿No puedes darme un cigarrillo, Jim?

—Claro que sí.

Se lo puso en los labios, pero no se lo encendió. Ella parecía haberse abstraído otra vez.

Con voz queda dijo al cabo de unos instantes:

—Vamos a marcharnos, Jim.

—¿Todos? Yo creí que sólo se marchaba Puffy.

—No, no... Vamos a irnos todos.

—¿Por qué?

—Papá lo tenía decidido hace tiempo. Nos iríamos de la ciudad la noche en que ocurrieran todas estas cosas.

—Te aseguro que cada vez lo entiendo menos, Alice. ¿Cómo es posible que tu padre las hubiera previsto?

—Hay bastantes cosas que nunca podrás entender.

—Pero ¿por qué habéis de irnos precisamente esta noche?

—Ya te he dicho que estaba decidido.

—¿Quizá tu padre tiene miedo?

—No. Papá piensa que el destino es el destino. Él no tiene miedo a los muertos ni a los seres de otros mundos. Pero cuando habló de que todo esto ocurriría, decidió que nos iríamos en la misma noche.

Y añadió quedamente:

—Sólo hay una cosa que lamento, Jim.

—¿Cuál?

—Separarme de ti.

El cigarrillo seguía sin encender en sus labios. Los dos se miraron fijamente, sintiendo que chocaban sus miradas, sintiendo que se encontraban sus alientos.

Kennedy bisbiseó:

—No nos separaremos, Alice.

—¿Por qué dices eso?

—Iré con vosotros.

—Sabes que eso es imposible.

—No veo la razón. No hay nada que lo impida.

—Nosotros estamos en manos de... en manos de un destino

extraño.

—Te juro que ya no sé qué pensar, Alice.

—No pienses. Deja que las cosas sean como son. Date cuenta solamente de que no volveremos a vernos más.

Y entreabrió los labios un poco.

Kennedy musitó:

—El cigarrillo estorba.

—Tienes razón: estorba.

Ella abrió un poco más la boca.

Lo dejó caer.

Y se miraron así, muy cerca, con los labios entreabiertos. Él musitó:

—Alice...

Ella musitó:

—Jim...

Se besaron.

Bueno, hubiera debido serlo.

Ésa era la intención de los dos. Pero en realidad, resultó un beso truncado, ya que sus labios apenas llegaron a rozarse.

Porque en aquel momento la puerta de la sala se abrió.

Y entró tío Puffy.

Tío Puffy llegaba radiante. Se había vestido un uniforme impecable, de chófer de casa rica. No le faltaba ni la gorra, con unos discretos galones. Además, cosa asombrosa, iba abrochado perfectamente.

Los dos separaron sus bocas. En aquel momento, tío Puffy recibió dos maldiciones separadas y silenciosas, parecidas a dos descargas eléctricas. Pero, claro, él ni se enteró.

—¿Qué te parece? ¿Eh, Alice? ¿Qué te parece?

—Llamas demasiado la atención.

—¿Tú crees?

—Yo siempre me he opuesto a que fueras vestido de chófer. La gente ya sabe que dos personas que tienen chófer profesional y todo, no viajan en un trasto tan antiguo como nuestro «Ford».

—Es que a mí este traje me hace ilusión —dijo tío Puffy.

—Creo que debes atenerte a lo que acordamos. No compliques las cosas con fantasías —susurró Alice, en un tono inesperadamente duro.

—Bueno, bueno, como tú quieras... ¿Qué traje me pongo?

—El que lleva el distintivo de la Asociación de Viajantes de Comercio de Omaha. Me parece el más discreto.

—De acuerdo, de acuerdo... Como tú quieras.

Y Puffy se retiró.

Los dos volvieron a quedar solos otra vez.

El hilo mágico entre los dos parecía haberse roto por unos momentos, pero volvieron a ligarlo enseguida.

Ella bisbiseó:

—Ese tío Puffy... Es un inoportuno.

—Tienes razón, muñeca.

—Creo que deberíamos empezar otra vez, ¿no?

—¿Qué crees que estoy esperando?

—Yo también, Jim.

—Quiero que sepas una cosa, Alice... No te beso sólo porque seas una mujer bonita. Lo eres. ¡Y de qué modo! Pero si te beso es porque hay algo más hondo en ti. Porque me doy cuenta de que he empezado ya a quererte.

Alice entrecerró los ojos.

Y entreabrió los labios.

La combinación perfecta.

El beso que Jim Kennedy había estado soñando desde los catorce años, desde que se dio cuenta de que el mundo está lleno de señoras estupendas.

—Alice... —Jim...

El beso...

Bueno, otra vez debió haberlo sido.

Porque se quedó en agua de borrajas, cuando se abrió la puerta y apareció nuevamente tío Puffy.

Esta vez llevaba un traje «príncipe de Gales» a cuadros enormes. Un traje al que sólo le faltaba ser fosforescente para llamar más la atención. Y además, los pantalones no eran normales, sino pantalones de golf. Los pantalones de golf la gente no los lleva hace ya muchos años.

Tío Puffy dio un saltito.

—¡Eh! ¿Qué te parezco?

Otra vez se separaron sus bocas, mientras sus cuerpos sufrían una especie de ansioso calambre.

Alice barbotó:

—¡Pero, tío Puffy!

—¿Qué te parezco? ¿Eh? Di la verdad. ¿No estoy cañón?

—Estás para encañonarte, que no es lo mismo. Te dije que te pusieras el traje con la insignia de los viajeros de Omaha.

—Pues a mí toda la vida me ha gustado éste. Desde niño soñé ponerme un traje así.

—Llamaría la atención hasta en un baile de disfraces. Y no digamos en la carretera.

—Puedo disimularlo poniéndome una gorra encarnada que también tengo.

Ella saltó.

—¡Tío Puffy! ¡Mil diablos! ¡Te he dicho que no debemos llamar la atención! ¡Ponte la ropa que acordamos!

—Bueno, bueno... Si te empeñas...

—¡Claro que me empeño! ¡Me empeño porque nos conviene a todos!

—Está bien... No te pongas así.

Y tío Puffy desapareció.

Los dos quedaron solos de nuevo.

Alice musitó:

—Hay que ver lo pesado que es ese hombre...

Se miraron. El hilo mágico se había roto de nuevo. Pero ya se sabe que si un hombre y una mujer tienen interés en unir un hilo, el hilo se une.

—Pienso una cosa, Jim.

—¿Cuál?

—Yo también te quiero a ti.

—Entonces deja que vaya con vosotros. No sé adónde vais, pero no me importa. Podemos empezar de nuevo en otro lugar. Podemos enlazar nuestros destinos.

—Es imposible, Jim.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—Por todas las cosas que han ocurrido esta noche.

—¡Eso nada tiene que ver con nosotros! ¡Ni aunque los muertos desaparezcan! ¡Ni aunque la ciudad se llene de seres de otro mundo!

—Veo que no lo entiendes, y lo peor es que no puedo

explicártelo.

Alice ladeó un poco la cabeza.

Como para que él pudiera besarla mejor.

Estaba deliciosa así; estaba irresistible, en su muda petición de caricias.

—Qué bonita eres, tigresa...

—¿Pues a qué esperas?

—Alice...

—Ji...

Las miradas que se cruzan.

¡Chask!

La puerta que se abre.

Tío Puffy apareció de nuevo en el umbral, con expresión de desencanto. Ahora llevaba un insignificante traje gris que parecía haber sido hecho para desgastarse en una oficina. Sus zapatos eran negros. En la solapa llevaba una gran insignia, donde, caso de haber luz, hubiera podido leerse: «Honorable Asociación Moral de Viajantes de Comercio de Omaha».

—Seguramente te parecerá que estoy bien así —dijo el gordo con un gesto de desencanto.

—Ése es el traje que deberías haberte puesto al principio.

—Pues a mí no me gusta.

—Estoy de acuerdo. No te gusta. ¿Y qué? Muchas cosas deben hacerse, aunque nos toquen las narices.

—Muy bien. Si tú te empeñas... Por mi estoy dispuesto. Ahora veremos qué hace Ferguson.

—Ferguson ya lo tendrá todo preparado —murmuró Alice.

Kennedy no entendía muy bien aquel diálogo, pero tampoco le importaba. En realidad, sólo le importaba una cosa: ¡tres veces había estado a punto de besar a Alice y tres veces había fallado por culpa de aquel globo con figura humana!

—Oiga, Puffy —murmuró.

—¿Qué quiere?

—No es que yo tenga mucho dinero, pero le doy todo lo que llevo encima si usted me promete que se larga y no vuelve a entrar. También le conviene largarse por otra cosa.

—¿Por qué?

—Porque si vuelve a entrar, le mato.

Puffy arrugó las cejas.

—Me parece un trato la mar de razonable —dijo.

—Y oiga otra cosa, Puffy.

—Oigo.

—Usted no parece el mismo.

—¿Cómo que no?

—Antes se pasaba un día entero para atarse un zapato, y ahora se ha cambiado de traje tres veces en tres minutos. ¡Y sin que le fallara ni un botón! ¿Quién lo entiende?

Puffy se esponjó.

—Verá, Kennedy, usted no me conocía.

—¿En qué sentido?

—A mí me sabe muy mal parecer un inútil.

—Nadie ha dicho que lo sea.

—Es que si en algo tengo habilidad, pero habilidad de veras, es precisamente en cambiarme de ropa.

—No me diga...

—Trabajé varios años en un teatro. Y allí ya sabe usted que hay que maquillarse y cambiarse en dos minutos.

—Claro que lo sé, Puffy. Pero ¿qué hacía usted en el teatro?

—Ya se lo he dicho: trabajaba.

—¿Y cuál era su especialidad?

—Sabía abrir sin llave, con sólo una horquilla del cabello, cualquier caja que me entregara el público, por difícil que fuera.

—¡Diablos!

—¡Tenía usted que haberme visto! Me hice el amo, pero al mismo tiempo me sentía muy solo. Las cosas empezaron a marchar mejor cuando conocí a Ferguson y a Alice.

—¿Los conoció? Yo creí que eran ustedes parientes.

—Bueno... Más o menos.

Alice apretó los labios.

—Más vale que te largues, Puffy.

—¿He dicho algo que no debiera?

—Hasta cuando pronuncias tu nombre dices cosas que no debes.

—Bueno, bueno, yo me largaría, pero es que... que...

—¿Qué pasa?

—Ahora resulta que no puedo largarme.

—¿Por qué?

—Tengo una cosa dura clavada en la espalda. Una cosa muy dura. Yo diría que es el cañón de una pistola...

CAPÍTULO XX

EL ÚLTIMO FORAJIDO

Kennedy pensó en el primer momento que era una broma. Ya estaba decidido a no tomarse en serio a Puffy. Pero pronto iba a convencerse de que Puffy era uno de los hombres más dignos de ser tomados en serio del mundo entero, pese a su ridículo aspecto.

Porque, en efecto, tenía a alguien tras él.

A alguien que lo empujó brutalmente, haciéndolo caer a tierra, mientras gritaba:

—¡Lo pagarás todo, Kennedy!

Kennedy lo vio perfectamente a pesar de la oscuridad. Y se estremeció, sintiéndose perdido.

Porque el que le apuntaba desde la puerta era...

... ¡Era Taylor!

¡El último de los forajidos que le habían perseguido hasta allí!

¡El que estaba decidido a vengar a Purcell y a Oswald!

Todo había ocurrido en unos pocos segundos, de tal modo que apenas se dieron cuenta. Alice y él habían quedado materialmente petrificados por la sorpresa.

No comprendían por dónde podía haber entrado Taylor.

Pero ya era tarde para hacerse esa pregunta. Taylor estaba allí y no parecía dispuesto a perder ni un segundo.

Kennedy se puso en pie, alzando las manos un poco.

Tenía una leve, una levísima ventaja. Quizá su enemigo no estaba tan acostumbrado a la oscuridad como él. Fue a saltar, pero enseguida se dio cuenta de que eso sería inútil.

El vestido de Alice era demasiado claro. A Alice la veía perfectamente. Y siempre podría disparar contra ella si Kennedy trataba de atacarle.

Taylor farfulló:

—¿Dónde está Oswald?

—Creí que lo habías visto.

—Después de dar con tus huellas, me dijo que aguardase durante media hora. Y no ha vuelto. ¿Dónde está?

Kennedy apretó los labios.

No contestó, porque no podía decir nada. Su silencio fue para Taylor más elocuente que todas las palabras. Lanzó una salvaje imprecación y se dispuso a disparar primero sobre Alice, sabiendo que eso era lo que más podía herir a Kennedy.

Jim no esperó.

Ahora todo dependía de una fracción de segundo. Se lanzó hacia adelante, jugándose la vida a una carta, mientras barbotaba:

—¡Apártate, Puffy!

Porque, en efecto, Puffy, que se estaba poniendo en pie, era algo así como la cordillera del Himalaya entre él y el cañón de su enemigo. Si tropezaba, cosa que parecía inevitable, no alcanzaría nunca a Taylor, y éste los balearía a los dos.

La mole de grasa de Puffy no se movió a tiempo.

Naturalmente que no.

Kennedy se dio contra él una de las trompadas más grandes de su existencia. Rebrincó en el aire en el instante en que sonaban dos disparos.

Más tarde se daría cuenta de que aquel tropezón, al desplazarle bruscamente de la línea de tiro, le había salvado la vida. Las dos balas sólo le rozaron.

Puffy, en aquel momento, «flotaba» materialmente por la habitación, de un lado para otro.

Tropezó con una de las butacas y la envió al otro lado de la pieza. En aquel momento, Puffy era como un toro que busca la salida y no la encuentra. La butaca chocó con las rodillas de Taylor, cuando éste apretaba de nuevo el gatillo.

La bala se clavó en el suelo. Taylor lanzó un grito de rabia.

Kennedy barbotó:

—¡Huye, Alice, huye!...

La muchacha había saltado ya.

Una bala le rozó la cadera. Cayó de espaldas, pero logró salir de la habitación.

Mientras Taylor apuntaba a la muchacha, Kennedy no perdió el tiempo. Comprendió que ahora tenía una oportunidad, aunque fuera remota, para escapar. Se lanzó en tromba hacia la puerta que daba al dormitorio de la muchacha.

Taylor le siguió.

Ahora le tenía acorralado.

Sus ojos acostumbrados a la oscuridad le distinguían perfectamente. De pronto, lo vio desaparecer, pero en sus labios se dibujó una sonrisa simiesca.

Sólo podía haber ido a parar debajo de la cama.

Un escondite demasiado inocente para un hombre que trata de conservar la vida. Allí sí que lo tenía acorralado de verdad.

Se inclinó y palpó el bulto con el cañón de su pistola. Fríamente le disparó tres balas en la cabeza. Hasta le pareció sentir cómo la masa encefálica de su víctima saltaba por los aires. Luego lo sujetó por un borde de la americana y tiró de él.

Quería verlo muerto.

Quería convencerse de que sus amigos habían sido bien vengados.

Pero sus labios se distendieron entonces en una mueca de estupor y de odio. Porque el tipo al que tenía ahora entre las manos no era Kennedy. No lo había visto nunca. La piel apergaminada de aquel cadáver indicaba que había sido embalsamado bastante tiempo atrás.

Taylor no sabía que era el muerto llegado allí como por designio de los seres de otro mundo. No sabía que era el difunto al que el teniente Allister estaba buscando aún.

Kennedy no le dejó tiempo para pensarlo.

Saltó de repente desde las sombras que llenaban una de las paredes.

Taylor se dio cuenta a tiempo y disparó, pero con demasiada precipitación. La bala se empotró en la pared. En aquel momento, en el umbral de la puerta que daba a la sala, apareció la figura de otro hombre.

Ese hombre iba armado con un calibre «38». Era el teniente Allister.

Taylor lanzó un grito de rabia.

Giró la pistola hacia él y disparó.

El teniente recibió el impacto en un hombro y soltó el revólver. En aquel momento, era una víctima fácil para Taylor, porque a éste aún le quedaban plomos en su cargador especial de doce balas.

El pistolero avanzó hacia él.

Apenas un par de segundos más tarde tenía motivo para asombrarse de que Kennedy hubiera podido ser tan ágil. Porque ahora Kennedy estaba a los pies del teniente y aferraba con dos dedos su calibre «38». Dos dedos que le bastaron para disparar.

Taylor estaba casi materialmente encima.

La bala le penetró por la mandíbula y se alojó en el centro de su cabeza. Taylor se desplomó. En aquel momento, Puffy aún «flotaba» de un lado para otro, chocando con las paredes.

Allister, que estaba apoyado en la jamba de la puerta, se enderezó penosamente.

—Creo que le debo la vida —murmuró mirando a Kennedy—. Nunca podré pagarle esto.

—No tiene importancia.

—Se ha jugado la piel para salvarme.

—Diga más bien que me la he jugado para salvar la mía.

—¿Quién era ese tipo?

Y señaló el cadáver.

Kennedy tragó saliva, mientras hacía un gesto ambiguo con las dos manos.

—No lo sé. Supongo que aprovechando la oscuridad habría pensado atracarnos.

—¿Tienen un quinqué? Quiero verle la cara.

—Claro, teniente...

Ferguson, que había aparecido detrás del policía, fue a buscar el quinqué. Mientras tanto, Puffy gateaba desesperadamente por el suelo.

Allister se apretaba la herida.

—Llamaré al médico, teniente —susurró Kennedy—. Creo que necesita ayuda.

—No se preocupe... Puedo ir al médico por mi propio pie. Un poco más abajo y la bala pudo haberme matado, pero en el sitio donde está alojada no es grave.

Y miró a Puffy.

—¿Qué le pasa a ese gordo?

Puffy gateaba junto a la cama.

—Nada, teniente, nada... Es que he perdido el reloj.

—Pues yo veo brillar algo en su muñeca. Diría que lo lleva puesto.

Puffy emitió una risita de conejo.

—Claro, teniente, claro... ¡Qué bestia soy! ¡Mire que no darme cuenta de que lo llevaba encima!

—Eso le puede ocurrir a cualquiera.

Puffy se removió dando puntapiés a su espalda.

—¡Diablos, esta pierna! ¡Diablos, esta pierna! ¡Diablos, esta pierna!...

—¿Pero qué le pasa, Puffy? ¿Se puede saber? ¿A qué vienen tantos puntapiés?

—Tenía la pierna dormida. Algo terrible. Usted no puede saber lo que es eso.

—Caramba, no hay para tanto. Daba usted más puntapiés que un luchador de *catch*.

Puffy se levantó al fin.

—Aquí el único importante es usted. ¿Se siente bien, teniente?

—Mejor de lo que creía.

—¿No se le va la cabeza?

—Por ahora no. Y deje de preocuparse por mí, Puffy. ¿Por qué no va a jefatura y pide a mis hombres que vengán a buscarme con un coche patrulla? Eso es lo mejor que puede hacer.

—Claro que sí, teniente. Ahora mis piernas ya funcionan a modo. Estoy como nunca.

Y Puffy salió.

En aquel momento, Ferguson entraba con el quinqué.

Lo acercó a la cara del caído, que estaba materialmente a los pies del policía.

Allister, con las facciones levemente contraídas, se inclinó sobre él.

—Creo que lo conozco —dijo al cabo de unos instantes—. He visto su foto en las órdenes de captura que nos envían desde la capital del estado. No puedo recordar exactamente su nombre, pero yo diría que se llamaba Taylor.

Kennedy hizo maquinalmente un gesto afirmativo.

Allister alzó la cabeza.

—¿Se llamaba así? ¿Lo conocía usted?

—No, no lo conocía —se apresuró a decir Kennedy—. Simplemente supongo que tiene usted razón.

—Este tipo siempre actuaba con otros dos llamados Oswald y Purcell, si mal no recuerdo —dijo el teniente tras reflexionar unos instantes—. Imagino que los otros no estarán lejos. Habrá que tener cuidado.

Kennedy tragó saliva bruscamente.

—¿Y si hubieran tenido entre los tres un ajuste de cuentas, teniente? —murmuró.

—¿Qué quiere decir?

—No sé... Imagine que se han enfadado y han acabado exterminándose.

—¿Por qué dice eso?

—Porque sí, según usted, siempre actuaban juntos, es raro que este tipo haya entrado aquí solo.

Allister se pasó la mano izquierda por la mandíbula, pensativamente.

—Tal vez tenga razón. Claro que eso no puedo determinarlo ahora, con la ciudad en tinieblas y con todo lo que está ocurriendo. Pero mañana, a la luz del sol, lo sabremos. Si aparecen los cadáveres de los otros, ya casi podré asegurar quién es el culpable.

Kennedy arqueó una ceja.

Menos mal que la oscuridad impidió que se viera la expresión de alivio que había cruzado por sus ojos.

En aquel momento llegaba Puffy con el patrullero. Dos policías armados de cascos y metralletas se precipitaron en la habitación.

—¡Teniente!

—¿Está grave?

—No, no es nada. Llévame simplemente a casa del doctor Donovan. Él me echará un vistazo.

—¿Y ese muerto?

—Lo llevaremos también en el patrullero. Cabrá sentado en el asiento posterior, o tal vez en el mismo portaequipajes. Yo mismo he visto lo que ha ocurrido, de modo que firmaré el atestado. Eh, usted, amigo.

Miraba a Kennedy, que se adelantó un paso.

—¿Qué ocurre, teniente?

—Le llamaré a declarar. Usted tendrá que firmar el atestado también, puesto que es el que ha liquidado a este hombre. Pero no tema. No tendrá complicaciones, sino al contrario. Le propondré para una recompensa.

—Claro que pasará, teniente. Lo haré apenas usted me cite. Y ahora, le deseo que se restablezca.

—La herida no es grave. Le repito mi gratitud.

Y salió.

Ferguson se largó también.

Por unos momentos sólo quedaron en la habitación Puffy y Kennedy. Puffy se había sentado en la cama. Ambos guardaron un espeso silencio, hasta que los policías se llevaron a rastras el cadáver de Taylor.

Entonces Puffy fue a encender un cigarrillo.

Parecía muy tranquilo, muy aplomado.

Kennedy le dio fuego.

—Puffy...

El gordo alzó la mirada.

—¿Por qué lo ha hecho?

—¿Hacer qué...?

—Le he visto cuando daba puntapiés diciendo que tenía la pierna dormida.

—Es que... la tenía.

—Más dormido estaba el otro.

—¿Quién?

—El cadáver que ha conseguido ocultar para que no lo viera el teniente. El cadáver del profesor Kinley, que paradójicamente me ha salvado la vida, porque Taylor lo confundió conmigo, al encontrarlo debajo de la cama.

Puffy dejó caer el cigarrillo de entre sus labios al suelo.

—Le repito que tenía dormida la pierna —bisbiseó.

—Oiga, Puffy, ¿por qué no habla claro conmigo?

—¿Hablar claro, por qué?

—Yo soy uno de ustedes. Estoy metido en el caldo, aunque el caldo no me guste. ¿Qué se está trabajando aquí? ¿Quién ha organizado todo esto? ¿Qué monstruoso engaño es éste?

—No sé de qué me habla, Kennedy.

—De un engaño en el que ha caído toda la ciudad.

—No pretenderá decir que el apagón y la llegada de los marcianos, lo he organizado yo.

—Hay muchas cosas que no entiendo, Puffy. Hasta le diría que en este momento no entiendo nada. Pero aquí hay un mejunje, aquí hay algo que huele mal. ¿De qué se trata?

Puffy se puso en pie.

Parecía más gordo que nunca, parecía haberse hinchado como un globo.

Se encogió de hombros y salió de la habitación.

Kennedy se palpó los bolsillos maquinalmente.

No llevaba tabaco.

Recogió el cigarrillo que Puffy había dejado caer y se lo puso en los labios por el otro lado.

Estaba perplejo. No entendía nada.

Entonces oyó en el garaje de la casa el ruido de un motor. Era el ruido de un motor bueno, pero ya un poco cascado, un poco viejo. Pensó que se trataba del «Ford».

Le acometió el súbito temor de que Alice marchara sin despedirse de él. Le parecía imposible que la muchacha hiciera eso, pero su temor pudo más. En silencio se descolgó por la ventana, saltando hasta la planta inferior, donde estaba el garaje.

Y allí los vio.

Ferguson estaba escuchando el motor, atento a sus menores fallos. Alice cargaba un par de maletas. Y, en cuanto a Puffy, había retirado la placa de la matrícula, dejando ver detrás una especie de cajón, donde estaba metiendo un plano recipiente de acero, hecho sin duda a la medida.

Kennedy se acercó hasta allí.

No supo lo que pensaba.

Quizá no pensaba nada realmente.

Tal vez era el instinto lo que le hacía avanzar. Sólo su instinto. Aquella voz secreta que le decía que acababa de llegar al final de un extraño camino.

—Puffy —susurró.

Y lo apartó suavemente.

El gordo quedó vencido por su propio peso. Como estaba en cuclillas, quedó sentado en el suelo cómicamente.

Y no pudo sujetar la caja de acero.

Kennedy la retuvo en sus manos. Ferguson y Alice le miraban con ojos helados, sin atreverse a intervenir, como resignados ante lo inevitable.

El joven alzó la tapa.

Y dentro, a la luz del quinqué que alumbraba el garaje, los vio perfectamente. Vio aquellos ojos de piedra que le contemplaban desde su vejez de siglos. Vio aquellos corpúsculos transparentes, cada uno de los cuales valía una auténtica montaña de dólares.

Porque allí dentro estaban...

... ¡Los diamantes Gugelheim!...

CAPÍTULO XXI

MUCHACHO, MIRA Y CALLA

Kennedy quedó materialmente petrificado.

Quizá nunca, ni en los peores momentos de su vida, había pasado por un trago como aquél. Sintió que las rodillas le temblaban y apoyó las manos en el capó del coche.

Se había producido un súbito, un brusco, un terrible silencio.

Ferguson había hecho girar la llave de contacto, parando el motor, pero Kennedy ni siquiera se había dado cuenta de eso. Sus oídos y sus sienes zumbaban. Le pareció que pasaba una eternidad.

Obró maquinalmente.

No se dio cuenta ni de lo que hacía. Puso la caja en la trampa preparada bajo el radiador del «Ford» y encajó la matrícula. Hecho esto, el coche pareció como tantos otros. No se notaba nada.

Ferguson suspiró con alivio.

—Amigo mío —dijo.

—¿Amigo suyo, por qué?

El otro parpadeó.

—Me ha parecido que... que al ocultar los diamantes estaba de nuestra parte.

—Los he puesto ahí porque no podemos dejarlos encima del capó del coche ni podemos meterlos en la batería, demonios. Pero eso no significa que esté del lado de nadie. Por el contrario, creo que... que necesitamos todos un trago. Esto es algo que no entiendo. Es algo que me produce una especie de vértigo.

Puffy se había situado detrás de él sin que Kennedy se diera cuenta. Sostenía en la derecha una manivela para desatornillar ruedas.

Murmuró:

—¿Le atizo, jefe?

Ferguson hizo un gesto de desaliento.

—No seas bestia, Puffy. Lo único que harías sería abollarme el coche. Además, Kennedy ya ha visto lo suficiente. Creo que tiene razón. Nos conviene tomar un trago y charlar como buenos amigos.

Alice también afirmó con la cabeza.

Los tres salieron, dejando el coche en el garaje, con el motor parado.

En la cocina, que era la habitación más discreta de toda la casa, y a la luz de un quinqué, Alice preparó cuatro combinados de los más fuertes que conocía. Mientras los bebían calmosamente, en un espeso silencio, Ferguson musitó:

—Bueno... Estamos todos callados como si oyéramos en el aire el revolotear de nuestras propias conciencias. Y lo peor es que por algún sitio hay que empezar, ¿no? En ese caso, quizá será mejor que nos presentemos todos. Yo soy Ferguson, de modo que no he cambiado de nombre. Pero cuando me establecí aquí llevaba cumplida una condena de cinco años por robo. Me llamaban el Manitas, porque nadie birlaba las carteras tan bien como yo. Mi compañero, el gordo, también se llama Puffy, pero ni es tío ni es nada. Lo único que sabe hacer es abrir cajas cerradas. Incluso de caudales, y de las más perfectas. Durante una temporada se ganó la vida en el circo con eso. También ha cumplido condena, no crea. Una vez, cuando saltaba por la ventana de un Banco después de llevarse diez mil dólares, cayó encima de un «poli», y el «poli» hubo de estar dos meses en el hospital. A Puffy le cayeron tres años.

Hizo una pausa y añadió con voz cansada:

—En cuanto a Alice, tampoco es mi hija. ¿Qué más quisiera yo? Mi orgullo hubiera sido tener una hija así, pero ¡qué va! Las mujeres nunca me han hecho caso. A Alice la llamaban en la cárcel la Lirio, por su aspecto de pureza. Y no digo que no sea pura. Alice resulta de verdad una especie de flor en nuestro perdido mundo. Pero también tenía una habilidad enorme para birlar carteras. Cuando me atraparon a mí, la atraparon a ella. Éramos socios. Le clavaron menos condena por ser novata. Y cuando salimos decidimos dar el gran golpe. Nada de miserias. Un golpe para toda la vida. Uno que nos resolviera el futuro de una maldita vez.

Kennedy tragó un sorbo de licor. Sentía una inmensa, una

invencible pena.

Bisbiseó:

—Un golpe como el de los diamantes Gugelheim, ¿verdad?

—Exacto —murmuró Ferguson—. Cuando me establecí en esta ciudad como un hombre honrado, yo sabía que vendrían a parar aquí.

—¿Y qué planeó?

—Distraer a la población entera. Tenerla en suspenso mientras yo daba el golpe. Mientras, Puffy limpiaba tranquilamente uno de los Bancos mejor guardados de América.

—¿Por eso inventó lo de la llegada de los seres de otro mundo?

—Sí.

—Pero hay muchas cosas que no entiendo. En primer lugar lo de la llegada del cadáver del profesor Kinley.

—Muy sencillo. Hice amistad con él en el hospital. Se estaba muriendo sin remedio. Yo le ayudé como pude y además le prometí que cuidaría de su entierro. Le horrorizaba terminar en la fosa común. Por eso, antes de fallecer, dispuso que me fuera entregado su cadáver. Yo corrí con todos los gastos. Ésa ha sido una parte absolutamente legal del plan. Sólo hube de ocuparme de que el embalsamamiento se retrasara un poco, para que la llegada del cadáver coincidiera con la noche en que yo había de dar el golpe.

—¿Pero Kinley había dicho esas cosas sobre la llegada de habitantes de otro mundo?

—Sí y no. Además de un sabio, era un visionario. Había dicho bastantes cosas que la gente tomó a broma... y que a lo peor un día resultan verdad. Pero nunca dijo lo de que su cadáver llegaría aquí en domingo. Ni eso ni las demás cosas que están en el recorte del periódico que yo he enseñado a todo el mundo.

—Entonces, ¿cómo se publicaron?

—No se publicaron. Un impresor amigo mío preparó esos recortes imitando el tipo de letra y las características de un periódico de fuera de aquí, con el texto y las fotos que yo le di. Pero no empleó una rotativa, claro, sino una máquina plana. Un experto tal vez habría notado la diferencia. La gente de aquí no notó nada.

—¿De modo que esos recortes eran un truco?

—Exacto. Y fue una de las cosas, junto con mis charlas, que más contribuyeron a crear un clima de ansiedad en la ciudad.

—Pero aún hay muchas cosas que todavía no entiendo. Por ejemplo, el apagón.

—También ha sido muy sencillo, contando la ciudad con una sola red de distribución. Coloqué una pequeña bomba de relojería para la hora exacta. Y en el instante preciso la parte vital de la instalación se fue al diablo.

—¿Y las flores?... ¡Eso sí que no tiene explicación! Las flores se iluminaron y luego volvieron a apagarse. ¡Yo mismo lo vi! ¡Eso fue algo de ultratumba!

Ferguson sonrió, con el orgullo de un artista al que hablan de la perfección de su obra.

—Usted estuvo a punto de descubrirlo, Kennedy. Observará que yo no permitía que nadie se acercase allí. ¿Por qué? Porque la noche anterior había tenido la santa paciencia, con Alice y Puffy, de pintar cada flor con una pintura fosforescente. Pero no se notó porque, inmediatamente, cubríamos cada flor con una pequeña capucha de plástico. Muchos agricultores hacen lo mismo con sus frutas para preservarlas de heladas e insectos. Y le digo que usted estuvo a punto de adivinarlo porque a distancia dijo que las flores tenían un color diferente.

Kennedy dejó el vaso.

Ya no podía ni sostenerlo.

Con voz apenas audible bisbiseó:

—Pero... ¿pero cómo quitó las capuchas? ¡Usted no lo hizo! ¡Estaba junto a mí cuando todo el campo se iluminó de repente!

—Con dos grandes ventiladores a pilas, amigo. Dos enormes ventiladores que Puffy colocó en el momento de oscurecer. El viento bastó para que las débiles capuchas se desprendieran, dejando ver el brillo de las flores. Y por eso usted notaría que el brillo avanzaba en una dirección, de abajo arriba del campo. ¡Claro! ¡La dirección del viento!

Kennedy recuperó el vaso.

Ahora sí que volvía a necesitar un trago.

Gimió:

—Pero luego... ¡luego el brillo desapareció! ¡Toda la ciudad lo ha visto!

—Exacto. Y eso era lo que yo quería. Pero aquí el sistema fue más sencillo aún. Mi campo está dotado de sistema de riego por

aspersión, también llamado «lluvia artificial». Un sistema de relojería había de ponerlo en marcha en el momento oportuno. El agua se llevó enseguida la capa de pintura plástica, y por eso usted vio que el brillo desaparecía en forma de ondas, como las que se forman en un lago al tirar una piedra. Naturalmente, ese riego se realiza en círculo...

—¿Y el robo? ¿Cómo se proponía entrar en el Banco?
¡Imposible!

Ferguson sonrió otra vez, como si aquellas palabras fueran la mejor alabanza.

—Dese cuenta de las circunstancias: yo ya tenía la ciudad a oscuras y a todo el mundo pendiente de lo que estaba ocurriendo. Los policías vigilaban el Banco, pero en el Banco, en el tejado, estaba Puffy, a quien le habían encargado reparar una antena que él mismo estropeó poco antes en secreto. Se lo encargaron por la mañana, pero él acudió a la hora precisa con la excusa de que es un torpe para vestirse. En la base de la antena colocó un explosivo, que estalló justamente cuando estallaron los otros que yo había distribuido por la ciudad, sin hacer daño a nadie. El hueco producido en el tejado fue suficiente para que él pudiera ampliarlo con una pequeña piqueta. Pudo introducirse en el interior y llegó hasta la caja. Allí debía confiar en la habilidad de sus dedos, y todo le salió bien. Resultado: aquí tenemos los Gugelheim. Ahora lo único que nos queda es huir. ¡Huir antes de que se den cuenta del robo!

Kennedy había terminado el licor.

Ya no sabía ni qué pensar.

Pero encontró los ojos de Alice.

Los ojos húmedos de Alice.

Los ojos tiernos de Alice.

Y comprendió por qué la habían llamado la Lirio.

Crujieron sus nudillos.

—Bueno —dijo—. Vamos. Yo me conformo con el cinco por ciento.

Alice se abalanzó hacia él.

Le besó en las mejillas, entusiasmada, mientras al oído le prometía cosas más sustanciosas para más adelante.

Ferguson, conmovido, le estrechó la mano como a un viejo

colega.

En cuanto a Puffy, al abrazarle, por poco le pisa un pie y le deja cojo.

—Vamos —decidió Ferguson—. Vamos ahora mismo, antes de que sea tarde.

Y se dirigieron todos al garaje.

Pero en la puerta se detuvieron estupefactos.

Porque el «Ford»... ¡El «Ford» no estaba!

Ferguson se tambaleó. Alice lanzó un gritito. En cuanto a Puffy, al menos adelgazó dos kilos de golpe.

—¡Dios santo!

—¡Es imposible!

—Nada de posible —susurró Ferguson con voz lóbrega—. Es posible. Y hasta lógico... Nos lo ha robado Joyce.

—¿Quééééé?

—Joyce, el que estaba empeñado en tener ese radiador como fuera. El que me ha hecho una, oferta de seiscientos pavos hace poco.

Puffy dio un brinco.

—Entonces, vayamos allá. ¡Hay que denunciarle! ¡Hay que hacerse con el «Ford» como sea!

Y fue a correr. Ferguson le detuvo con desaliento.

—Inútil, muchacho. Él quería sólo el radiador, y lo habrá desmontado ya. Seguro que ha aparecido debajo el cajón secreto. ¿Y qué hará Joyce? Dentro de un minuto ya estará en el despacho del teniente Allister. De modo que... ¡hay que largarse! ¡Puffy! Tú que tienes manitas. Hay que robar un coche ahora que la ciudad está a oscuras. ¡Pronto!...

Puffy corrió.

Y corrieron todos.

Corrieron hasta el último modelo de «Cadillac» que estaba situado dos esquinas más abajo.

Unos minutos después, mientras salían a toda velocidad y Alice estrechaba entre las tinieblas la mano de Kennedy, Ferguson lanzó una carcajada.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó Puffy—. ¿Encima ríes? ¿Te has vuelto loco?

—Es que casi me alegro de que eso haya salido mal, muchacho.

Los Gugelheim. ¿Y qué? Bah... ¡Miseria!

—Miseria la que tendremos ahora. ¿Qué diablos piensas?

—Estoy maquinando un golpe que nos hará ricos de verdad. Uno a lo grande. Nada menos que llevarnos un camión de oro de Fort Knox. Le estoy dando vueltas y me parece cada vez mejor. Yo me disfrazo de presidente Nixon. Alice será su hija Patricia. Y tú, Puffy, darás el golpe de verdad. Tú, como estás gordo, puedes parecerte, con un poco de suerte, a Hoover, el director del FBI...

Y siguió hablando más animadamente cada vez, en tanto tomaba a cien una curva.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

